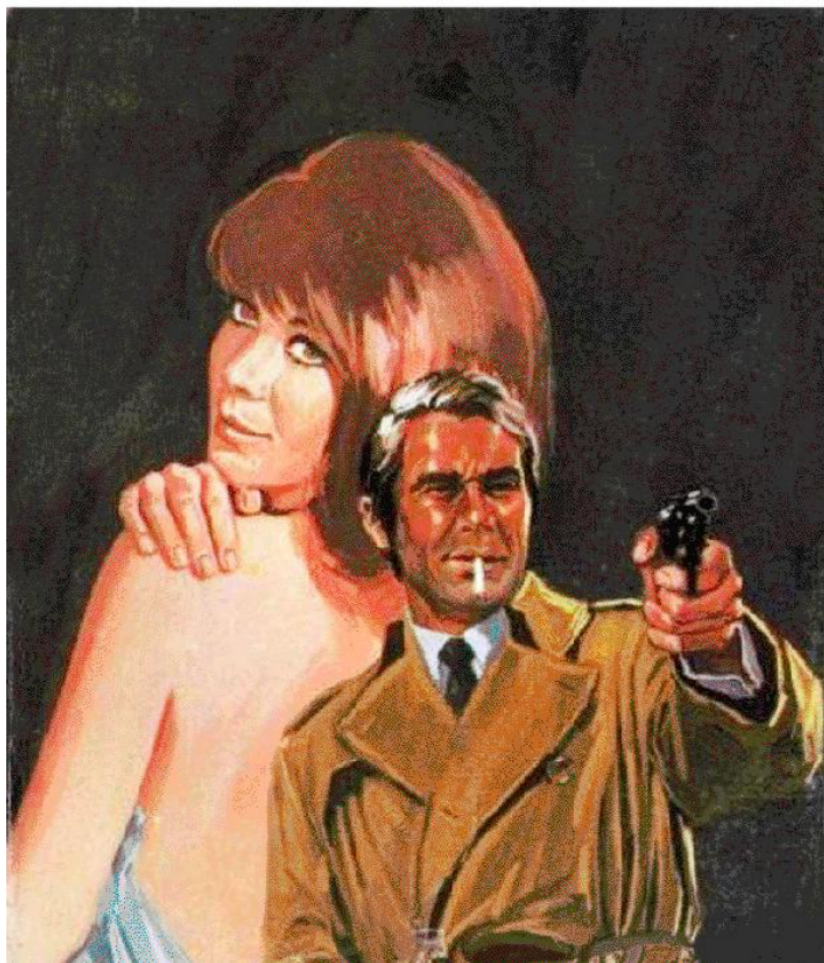




profesional del crimen

adam surrav



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



eb

ADAM SURREY

PROFESIONAL DEL CRIMEN

Colección **PUNTO ROJO** n.º 709
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 35.360 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1975

© Adam Surray - 1975

texto

© Jorge Sempere - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1313 — Made in Chicago.

En Colección SALVAJE TEXAS:

378 — El último de los McClure.

En Colección KANSAS:

769 — Los vividores.

En Colección PUNTO ROJO:

694 — Impar rojo, muerte...

En Colección COLORADO:

829 — Un caballo, un «Colt» y una mujer.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

169 — Al sur de Río Grande.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

255 — Trío de farsantes.

CAPÍTULO PRIMERO

La azafata anunció el inmediato aterrizaje en las pistas del aeropuerto internacional John F. Kennedy, rogando a los pasajeros iniciaran las obligadas normas de rigor.

George Davenport, en clase Presidente Especial, apagó el cigarrillo procediendo a ajustarse el cinturón de seguridad.

Ahogó un bostezo.

Mientras que la mayoría de los pasajeros se asomaban a las ventanillas con la vana esperanza de divisar la estatua de la Libertad, Davenport se reclinaba en el asiento cerrando los ojos.

El no era un turista pese a viajar en aquel vuelo chárter Roma-Nueva York plagado de italianos. Tampoco era ésa su nacionalidad. En su pasaporte se encontraban grabadas las iniciales USA junto con otros datos relativos a su identidad.

George Davenport. Fecha de nacimiento el 7 de mayo de 1944. En Los Ángeles, California. La fotografía respondía bastante a la realidad.

Pelo negro. Rostro de correctas facciones. Frente despejada. Ojos grises. Cejas bien curvadas. Nariz perfilada. Labios de fino trazo. Barbilla firme... Un individuo vulgar.

Eso parecía indicar la fotografía del pasaporte.

Equivocadamente.

George Davenport no tenía nada de vulgar.

El extraño brillo de sus grises ojos no era detectado por la fotografía. Tampoco sus manos. Escrupulosamente cuidadas. De largos y finos dedos.

La complexión de Davenport era atlética. Acentuada por aquella deportiva vestimenta. Chaqueta *sport beige*, jersey cuello cisne color hueso y pantalón a discretos cuadros.

No.

No era un individuo vulgar.

Tampoco lo era su profesión. En ella, George Davenport podía considerarse el mejor. Jamás había cometido el menor fallo. Su cotización era desmesuradamente alta. Le sobraban clientes. Se podía permitir el seleccionar los trabajos y aceptar los que creyera con mayor... atractivo.

La competencia, pese a los muchos profesionales y aficionados, le tenía sin cuidado.

El era el mejor.

El número uno.

El «*Jet Clipper*» de la Pan American tomó tierra.

George Davenport fue uno de los últimos en descender del aparato. Como si estuviera muy entretenido en admirar el suave balanceo de caderas de la escultural azafata.

Era una simple y rutinaria costumbre.

Contemplar a todos los pasajeros para, en caso de volver a verles, saber si era seguido.

Descendió la escalerilla.

Con un portafolios en su diestra.

Era su único equipaje. De ahí que los trámites aduaneros resultaran rápidos. Pronto se encontró fuera del recinto del descomunal aeropuerto. Deambuló por el ardiente asfalto de uno de los aparcamientos. Sorteando los incontables autos allí alineados.

Parecía buscar uno determinado.

Lo encontró.

Un aerodinámico «*Corvette*» color crema.

Davenport, después de dirigir una superficial mirada al número de matrícula, llevó su zurda a uno de los bolsillos de la chaqueta para extraer un par de diminutas llaves.

Abrió la portezuela del auto.

Se acomodó frente al volante depositando el portafolios en el asiento contiguo. Accionó uno a uno los compartimentos del salpicadero. En uno de ellos descubrió lo que buscaba. Una rectangular cartulina con una dirección escrita en rojos trazos.

«El 1841 de Weld Boulevard, Barrio Guest».

Davenport esbozó una sonrisa.

Le agradaba trabajar para clientes organizados y prudentes.

Barrio Guest...

Sí.

Lo conocía.

Nueva York no encerraba secretos para él. Ninguna ciudad importante de los EE. UU., le resultaba extraña. George Davenport había trabajado en todas ellas.

El «Corvette» inició la marcha abandonando el aparcamiento.

Minutos más tarde rodaba por la autopista que conducía a Nueva York. El aeropuerto distaba unas dieciséis millas de Manhattan.

El trayecto, debido al intenso tráfico, se hizo largo.

Barrio Guest era una de esas zonas residenciales alejadas del núcleo urbano. Con profusión de árboles, setos y plazas de cristalinas fuentes. Un paraíso artificial que no escapaba a la contaminación reinante en Nueva York. Un *ghetto* para adinerados. Para los favorecidos por la fortuna. Para los leprosos del dólar y las finanzas.

El auto ya circulaba por Barrio Guest. Weld Boulevard lo dividía en diagonal. Lujosos *bungalows* a derecha e izquierda. Poblando la longitudinal avenida.

Divisó el correspondiente al número 1841.

Amurallado. La reja de entrada aparecía cerrada.

George Davenport hizo sonar el claxon.

Encendió un cigarrillo en espera de respuesta.

La recibió a los pocos minutos. La puerta se abrió automáticamente. Con lentitud.

Los grises ojos de Davenport se posaron en un pequeño círculo situado en la columna de la izquierda. Allí estaba el «ojo mágico». Desde allí, y por circuito cerrado de televisión, le habían identificado.

Reanudó la marcha adentrándose en el amurallado recinto.

Unas doscientas yardas de asfaltado sendero que bordeaba el circular seto que se alzaba frente al *bungalow*. A la izquierda quedaba la pista de tenis y la piscina. Al otro lado se veía una especie de invernadero y una caseta-aparcamiento.

Davenport estacionó frente al porche.

Descendió del auto.

Nadie había salido a recibirle.

El *bungalow* era de una sola planta. Moderno. De sólida

construcción. Con ventanales enrejados al viejo estilo californiano.

George Davenport se detuvo en los escalones del porche lanzando una mirada a su alrededor.

Fue entonces cuando se percató de la presencia de la mujer. Estaba al borde de la piscina. De bruces sobre una colchoneta de poliuretano. Con un reducido minibikini negro. La pieza superior sin ajustar para adquirir un uniforme bronceado.

La mujer también descubrió la presencia de Davenport.

Se incorporó levemente apoyándose en los codos.

Consciente o inconscientemente pareció olvidarse de la pieza superior del bikini.

El turbador espectáculo no pudo ser debidamente apreciado por Davenport, ya que en ese momento se abrió la puerta del *bungalow*.

Un individuo de inexpresivo rostro apareció bajo el umbral.

—Sígame, por favor...

George Davenport, con el cigarrillo humeando en los labios, penetró en la casa. Dejaron atrás el amplio *living* para pasar al salón. El individuo entreabrió una puerta situada al fondo de la estancia.

Se hizo a un lado.

Davenport empujó la hoja de madera.

La habitación resultó ser un suntuoso despacho-biblioteca. Espacioso. De excelente mobiliario. Algunos libros verdaderos incunables. Valiosos objetos de arte. Cuadros de Bellows, Parish, Ryder y otros pintores estadounidenses.

La puerta se cerró tras Davenport.

Quedó solo en la estancia, aunque por poco tiempo.

Apareció un individuo de unos cincuenta años de edad. De anguloso rostro. Pobladas cejas negras. Los ojos con grandes bolsas de carne. De obesidad algo acentuada por su baja estatura. Vestía un traje en tejido de alpaca de excelente corte.

Sonrió tendiendo su diestra.

—Bien venido a Nueva York, George... ¿Qué tal el viaje?

Los dos hombres estrecharon sus manos.

—Tranquilo.

—Lo celebro. Tome asiento, George. ¿Le apetece beber algo?

—Un *whisky*, gracias. Sin hielo y sin soda. Soy de gustos sencillos, señor Milland.

El hombre arqueó las pobladas cejas.

Fijando su mirada de halcón en Davenport.

—Creí que no me conocía... El bueno de Luigi se ha ido de la lengua.

Davenport movió la cabeza de un lado a otro sin evitar una sonrisa.

—Nada de eso. Luigi Bianchini sigue igual de reservado y prudente. Ocurre que es usted demasiado popular para no ser reconocido.

—¿También en Italia?

—Por supuesto, aunque yo realizo frecuentes desplazamientos a los Estados Unidos. Me gusta estar bien informado. De ahí que me resulte familiar. Gottfried Milland, poderoso industrial propietario de cientos de *nigh clubs*, salas de juego, discotecas, máquinas tragaperras... Sucursales en todos los estados del Este. Hombre honorable, trabajador y magnífico ciudadano.

Gottfried Milland rió en estridente carcajada.

Del mueble-bar atrapó una botella de «Johnnie Walker» para servir dos largos vasos.

Acudió junto a Davenport.

—Sí, George..., eso se dice de mí; aunque hay otras versiones. La prensa sensacionalista da otra imagen de Gottfried Milland.

Davenport, acomodado en uno de los sillones, aceptó el vaso de *whisky*.

—Lo sé, Milland. Hay individuos sin escrúpulos. Envidiosos. Los que aseguran que el honrado Gottfried Milland pertenece a la Mafia, llegando incluso a afirmar que es el heredero de la «familia» Bianchini. También dicen que todos esos negocios son una vulgar pantalla para ocultar las verdaderas actividades de Gottfried Milland. Trata de blancas, corrupción de menores, proxenetismo, tráfico de drogas, chantaje, espionaje industrial...

—Calumnias, George.

—Seguro.

Los dos hombres rieron al unísono.

Gottfried Milland se dejó caer en el sillón giratorio situado tras la mesa escritorio. Abrió uno de los cajones para extraer un rectangular sobre. Sacó una fotografía *que* contempló detenidamente para acto seguido desviar la mirada hacia

Davenport.

—Esta carta me la envió nuestro común amigo Luigi Bianchini. Desde Roma. Con una fotografía suya, George. El parecido es asombroso, pero es nuestro deber mostrarnos desconfiados. Luigi también me envió un billete de quinientas liras. Mejor dicho, la mitad de un billete. Usted debe tener la otra mitad, ¿no es cierto?

Davenport, por toda respuesta, llevó su diestra al bolsillo superior de la chaqueta deportiva.

Depositó el medio billete sobre la mesa.

Milland unió ambos trozos.

Coincidían. Al igual que la numeración.

—Perfecto, George. Son simples medidas de seguridad, aunque ya ha demostrado ser el enviado de Luigi. Sabía que le esperaba un «Corvette» en el aeropuerto y disponía de las llaves. Luigi me ha hablado muy bien de usted.

—Soy el mejor.

Milland asintió.

Ni por un instante se le ocurrió acusar a Davenport de inmodesto o fanfarrón. Decía la verdad.

Era el mejor.

—Lo sé, George. Por eso, dado lo delicado del trabajo a realizar, solicité consejo de Luigi. Me recomendó que utilizara sus servicios. Luigi, pese a permanecer desterrado en Italia, conoce mis problemas. Me aconsejó que contratara a un profesional y, a ser posible, no vinculado a la Mafia. Un hombre no fichado por el FBI. Afortunadamente usted reside en Italia.

—El buen profesional no debe estar fichado, Milland.

—Será un punto a nuestro favor. Su llegada ha pasado desapercibida. Es un hombre afincado en Italia y que se dispone a pasar unas cortas vacaciones en su país..., aunque la realidad es otra. Está aquí para realizar un trabajo.

Davenport bebió el *whisky* a pequeños sorbos.

Sujetó con ambas manos el vaso. Manteniendo la mirada en el semiamarillento líquido.

—Ignoraba que iba a trabajar para Gottfried Milland. Nada me dijo Luigi. Sólo me proporcionó las instrucciones a seguir. Un «Corvette» en el aeropuerto, una dirección en el salpicadero y que sería contratado por un hombre de confianza. No se mencionaron

mis honorarios.

—Puede fijarlos, George.

—Cien mil dólares. La mitad por adelantado.

Milland sonrió.

Movió la cabeza de arriba abajo.

—Una cantidad importante, aunque dada su categoría me parece razonable. Yo le daré quinientos mil dólares. Medio millón. ¿Qué le parece?

El rostro de Davenport no se alteró en lo más mínimo.

—Muy amable. ¿A qué se debe su generosidad?

—No es generosidad, George. Ocurre que son cinco los trabajos a realizar.

—¿Cinco?

—Correcto —dijo Milland con cruel sonrisa—. Son cinco las víctimas designadas. Cinco muertes. Todo un reto para que George Davenport, asesino profesional, demuestre sus cualidades.

CAPÍTULO II

George Davenport contempló una a una las fotografías.
Detenidamente.

Cinco mujeres bellas como diosas. Endiabladamente seductoras.
Al dorso figuraba el nombre, dirección y otros breves datos.

Davenport chasqueó la lengua.

—¿Ocurre algo, George?

—No..., nada. Simplemente me lamento. No es agradable destruir belleza. Y estas muchachas son muy atractivas.

—Creí que los individuos como usted carecían de sentimientos.

—Es posible —sonrió Davenport fríamente—; pero sé admirar la belleza... sin dejarme dominar por ella. Sería contraproducente. Cuando acepto un trabajo, me limito a cumplirlo. Sin concesiones. La diversión llegará luego. Una vez terminada la misión.

—Como una máquina.

—Ajá.

—¿Acepta el trabajo?

—¿Por medio millón de dólares? —rió ahora Davenport en sonora carcajada—. ¡Seguro! No me agrada que sean mujeres las víctimas, pero eso queda compensado con la tarifa.

—Bien... Entremos en detalles, George. ¿Ha echado un vistazo al dorso de las fotografías?

—Sí. Ya me he percatado de que viven en distintas ciudades. Debo hacer bastante turismo. Nueva York, Florida, Illinois, Massachusetts y Washington D. C.

—Le pago con creces, George. Esas cinco mujeres deben morir antes del día quince. Tiene una semana para realizar el trabajo.

—Suficiente. Soy un tipo rápido.

Gottfried Milland, con infinidad de crímenes en su conciencia y en posesión de los peores vicios del ser humano, no pudo evitar un leve nerviosismo ante la sangre fría de su interlocutor.

—Actualmente estoy bajo fianza, George. Para el día veinte está señalada la vista del juicio en mi contra. Se me acusa de dirigir una extensa red de tráfico de drogas y de espionaje industrial. Me sorprendió que el fiscal se decidiera a dar semejante paso.

—Contará con pruebas suficientes.

—No contra mí, George. Soy demasiado astuto para comprometerme. Sólo tienen pruebas contra algunos de mis subordinados. Hombres y mujeres que negarán en todo momento el estar vinculados a mí. Ninguno se atreverá a declarar que cumplían mis órdenes. Tampoco pueden demostrarlo.

—A excepción de estas cinco mujeres.

Gottfried Milland entornó los ojos.

Dirigiendo a Davenport una inquisitiva mirada.

—Muy inteligente, George... En efecto. Así es. Sarah Parsons, Maureen Parks, Claire Harris, Stella Baker y Sharon Scott trabajan para mi organización. Piensan traicionarme. Lo he descubierto a tiempo. Han pactado con...

—Un momento, Milland —interrumpió Davenport con voz carente de inflexión—. Usted me contrata para, realizar un trabajo, ¿no? Ya me ha señalado a las víctimas. El resto no me interesa. Es mi método. Mi código.

—Creo más aconsejable que esté al corriente del asunto.

Davenport extrajo su cajetilla de tabaco.

Encendió un cigarrillo.

—¿De veras? Al principio de mi... profesión, fui contratado por un magnate californiano. Quería desembarazarse de un rival que, al igual que él, se presentaba a ciertas elecciones. Me explicó todos sus planes detenidamente. Yo realicé el trabajo a la perfección. ¿Qué ocurrió luego? El fulano ordenó liquidarme alegando que sabía demasiado. No, Milland..., prefiero ignorar los móviles.

Gottfried Milland esbozó una sonrisa incorporándose del sillón giratorio. Dejó atrás la mesa escritorio situándose frente a Davenport.

—Nuestra situación es diferente, George. Con usted no trato de ocultar o fingir. Juego con las cartas boca arriba. Me conoce bien y sobran disimulos. Considero necesario que sepa algunos detalles relacionados con el trabajo a realizar. Debe conocer el terreno que pisa.

Davenport se encogió despreocupadamente de hombros.

—*Okay*. Adelante...

—Se puede decir que los problemas comenzaron cuando Luigi Bianchini fue deportado. Yo era su lugarteniente y me designaron como heredero de la «familia». Robert Marley, otro jefe de la Mafia, y yo fuimos los encargados de controlar, dirigir y fomentar el vicio en todo el Este. Desde el estado de Nueva York al de Florida. Pronto comenzaron las desavenencias, rivalidades y enfrentamientos entre los dos grupos. Me percaté de que podía obtener un mayor beneficio actuando solo y me separé de la Mafia. Ya no estoy ligado a ella. He creado mi propio imperio. Una poderosa organización que incluso empieza a ser temida por la Mafia.

—¿Sigue ese tal Robert Marley bajo la tutela de la Mafia?

—Sí. Y día a día su estrella se eclipsa un poco más. No puede competir con mi organización. Le estoy hundiendo.

—Empiezo a comprender. Robert Marley ha comprado a esas cinco mujeres para que declaren en contra.

—Correcto. Les ha prometido, a cada una de ellas, nombrarlas dirigentes de las ciudades donde actualmente trabajan para mí. Las muy estúpidas se lo han creído.

—¿Quién le ha informado de esa proyectada traición?

Milland retrocedió para apoyarse en una de las esquinas de la mesa escritorio.

Sonrió con suficiencia.

—Tengo espías en el bando de Robert Marley.

—Hay algo que no acabo de entender, Milland. Medio millón de dólares me parece un gasto absurdo. Puede ahorrarlo.

—¿Cómo? ¿Encargando el trabajo a uno de mis... carniceros? No, George. No quiero errores. De ahí que me haya decidido por un profesional. Sin reparar en gastos. Un cargo de asesinato ya es más comprometedor. Si envío a uno de mis muchachos, y es descubierto por su torpeza, nada me salvaría de la silla eléctrica.

Davenport dio la última chupada al cigarrillo para acto seguido aplastarlo en el cenicero acoplado en el brazo del sillón.

Exhaló una bocanada de humo.

—Sigo opinando que es un trabajo sencillo. Para cualquier... aficionado.

—Aún no lo he dicho todo, George.

—¿Qué falta?

—El FBI.

George Davenport arqueó las cejas. Tras un breve y repetido parpadear, terminó por esbozar una fría sonrisa.

—Lo suponía. Ahora sí me explico su... generosidad. Las chicas están bajo la vigilancia del Federal Bureau of Investigation, ¿no es cierto?

—En efecto, aunque ellas mismas lo ignoran. En este maldito asunto todos juegan con cartas ocultas. Las chicas ni tan siquiera están citadas para declarar en mi juicio. Se presentarán el mismo día al fiscal solicitando testificar en mi contra. El fiscal aceptará encantado ofreciéndoles además toda clase de protección. Ése es el plan de Robert Marley para acabar conmigo y aplastar mi organización borrando toda competencia.

—Y el FBI está al corriente.

—Desconozco cómo diablos logró descubrirlo, pero así es. Saben que Marley convenció a esas cinco mujeres para que declaren en mi contra. Por supuesto que el FBI no ha dado la cara. Sarah, Maureen, Stella... cualquiera de las cinco se volvería atrás si sospecharan que el Federal Bureau of Investigation interviene. Es un pacto entre ellas y Marley. El FBI, y apuesto que también los hombres de Marley, se limita a protegerlas en espera de mi juicio.

—Debo burlar al FBI y a los gorilas de Robert Marley.

—Correcto. ¿Comprende ahora que es trabajo para un profesional?

—¿No ha intentado solucionar el asunto amigablemente?

Milland enrojeció.

Furioso.

—¿Con esas víboras...? Mi organización no perdona a los traidores. Tal vez llegara a un acuerdo con ellas, pero ¿quién me asegura que no volverían a planear otra traición? No, George. Es preferible cerrar sus bocas para siempre.

—¿Tan peligroso es lo que puedan decir?

—Sí, lo es. El bastardo de Marley ha sabido seleccionarlas. Yo confiaba en ellas. En las cinco. Han trabajado para mí eficazmente durante años. Son ambiciosas y yo creía corresponder con generosidad; pero quieren más. Por eso han aceptado traicionarme esperando las fabulosas recompensas de Robert Marley. Stella,

Maureen, Sharon... Sí..., saben demasiado. Las cinco son peligrosas. Stella Baker, por citar un ejemplo, es la que dirigió la operación denominada Top Secret. Con otro grupo de muchachas consiguió involucrar a varios altos funcionarios del Gobierno en un escandaloso *party* que fue debidamente filmado por cámaras ocultas. Una desenfrenada orgía aderezada con drogas. Esos funcionarios, ya elegidos por su quebradiza moral, han aceptado nuestro chantaje para evitar ver hundidas sus brillantes carreras. Nos obedecen como perros falderos.

Stella Baker, en Washington, es pieza clave en mi organización. Al igual que Maureen Parks en Chicago, y Claire en... ¡Maldita sea! ¡Deben morir, George! ¡Kay que silenciar sus bocas cuanto antes!

El rostro de Gottfried Milland se hallaba congestionado por la ira.

Después de un entrecortado jadear, pareció calmarse. Se pasó el dorso de la mano derecha por la frente a la vez que forzaba una sonrisa.

Giró para acudir al mueble biblioteca.

Accionó un invisible botón.

El espejo del mueble-bar se abatió descubriendo una caja fuerte empotrada en la pared. De espaldas a Davenport, manipuló en la combinación. Segundos más tarde retornaba junto a la mesa escritorio. Portando en sus manos un rectangular envoltorio.

Lo tendió hacia Davenport.

—Doscientos cincuenta mil dólares, George. La otra mitad al concluir su trabajo. Es la primera vez que entrego semejante suma sin desconfiar. Sé que no fracasará. Espero me mantenga informado.

Davenport se apoderó del paquete.

Lo sopesó con cínica sonrisa.

—Lo menos posible, Milland. No es prudente para ninguno de los dos. Se enterará de la marcha de los acontecimientos mediante la prensa. Sólo acudiré a usted si surgen problemas. ¿Quién de su organización está al corriente de mi... misión?

—Nadie. Desconfío de todos. Quiero que Marley y esas brujas me consideren ignorante de todo el plan. Sólo el viejo Luigi, allá en Italia, conoce su intervención. Fue él quien le recomendó.

—Luigi es un buen amigo.

—¿Cómo le va?

Davenport hizo un ambiguo gesto.

—Roma no es Nueva York, pero Luigi lo soporta bien. Máxime con la asignación anual que le envía.

—Es lo menos que puedo hacer por el gran Luigi Bianchini.

Davenport se incorporó.

Dando por terminada la conversación.

Gottfried Milland también lo creyó así.

Ofreció su diestra.

—Suerte, George.

—Un par de últimas preguntas, Milland... ¿Tengo carta blanca para actuar?

—¿A qué se refiere?

—Al FBI y a los hombres de Marley se pueden añadir sus propios muchachos, Milland. Ignoran sus planes y, lógicamente, puede darse el caso de que defiendan a cualquiera de las chicas.

—Puede obrar como guste, George. Sin contemplaciones. El que se entrometa que pague las consecuencias. Sólo me importa que esas cinco mujeres dejen de existir.

—¿Algún orden determinado?

—¿Cómo?

—Maureen, Sarah, Claire... ¿Tiene preferencia alguna de ellas?

Milland rió en nerviosa carcajada.

—A su elección, George. Poco importa el orden siempre que las cinco terminen por reunirse en el infierno.

—Ya puede considerarlas muertas, Milland.

Abandonaron el despacho.

Gottfried acompañó a su interlocutor hasta el porche.

Davenport dirigió una mirada hacia la piscina.

La mujer seguía tomando el sol.

Provocativamente.

Milland sonrió al seguir la mirada.

—Muy bonita, pero endiabladamente estúpida. Es difícil encontrar a una mujer inteligente y bella, George.

—Yo he tenido esa suerte.

—¿Sheila Crooker?

A los grises ojos de George Davenport asomó un extraño brillo. Muy fugaz. Pronto se tomaron inexpresivos.

—¿Le ha hablado Luigi de eso?

—En efecto. Me informó ampliamente de su vida, de sus métodos, sus costumbres... George Davenport siempre se hace acompañar de una joven de extraordinaria belleza. Una tal Sheila Crooker. Incluso se dice que ella le ayuda en sus más difíciles... trabajos.

—Correcto, Milland. Es la compañera ideal. Ciertamente su colaboración me resulta valiosa.

Gottfried Milland tragó saliva.

Con dificultad.

No se imaginaba a una linda muchacha colaborando en asesinatos.

—¿Quedó en Italia?

—¿Sheila? Oh, no... Juntos estudiaremos el plan de acción a seguir. Jamás nos separamos. Ella ya está en Nueva York. Llegó ayer. Me espera en el Zion Hotel. Precisamente ahora voy a reunirme con ella para empezar a trabajar de inmediato. ¿Puedo llevarme el auto?

—Desde luego, George. Es suyo.

Davenport le dirigió una sonrisa.

—Muy amable, Milland. Hasta pronto. Lo lógico es empezar por Sarah Parsons, ya que reside aquí en Manhattan, No olvide leer los periódicos de mañana. La sección de sucesos.

George Davenport abrió la portezuela del «Corvette».

Se acomodó frente al volante y, tras dirigir un último saludo a Milland, inició la marcha.

Gottfried Milland permaneció bajo el porche hasta ver cómo el auto cruzaba la enrejada puerta y desaparecía por Weld Boulevard.

Con precipitado paso retomó al despacho.

Fue hacia la mesa escritorio atrapando el sobre que le enviara Luigi Bianchini para la identificación de George Davenport. La fotografía, el medio billete de quinientas liras... y las huellas dactilares.

Gottfried Milland abrió uno de los cajones.

Con unas pinzas levantó el vaso de *whisky* servido a Davenport.

Minutos más tarde, detectadas las huellas dejadas en el vaso, las comparó con las enviadas por Bianchini.

Sonrió.

Coincidían.

Todo perfecto.

Sin posibilidad de engaño.

Había contratado a George Davenport.

Al mejor profesional del crimen.

CAPÍTULO III

El Zion Hotel, uno de los mejores de Manhattan, se hallaba emplazado a poca distancia de Rockefeller Center.

George Davenport descendió del auto permitiendo que uno de los empleados del hotel lo trasladara al aparcamiento del edificio.

La sala de recepción estaba muy concurrida.

Hombres y mujeres de las más diversas nacionalidades y con la vestimenta más dispar. Aquello era como una Torre de Babel. Conversaciones en seco alemán, en estridente italiano, en suave francés...

Davenport logró hacerse con uno de los recepcionistas.

—Tengo, una habitación reservada... A nombre de George Davenport.

El individuo consultó un voluminoso libro.

Movió afirmativamente la cabeza mientras que a sus labios asomaba una servil sonrisa.

—En efecto, señor Davenport. Habitación número 914. La señorita Crooker hizo la oportuna reserva.

—¿Qué habitación ocupa ella?

—La contigua a la suya, señor Davenport. La número 915. Al momento le acompañarán...

El recepcionista pulsó un silencioso timbre.

Un muchacho uniformado acudió haciéndose cargo de la llave correspondiente. Quiso coger el portafolios de Davenport, pero éste le rechazó con burlona sonrisa.

—No te molestes. Sólo llevo el cepillo de dientes.

Penetraron en uno de los elevadores.

Abandonaron la cabina al detenerse en la planta novena, avanzando por el corredor de la izquierda.

El muchacho abrió la puerta señalizada con el número 914. Hizo desaparecer velozmente el dólar ofrecido por Davenport.

Retrocedió con profunda reverencia.

—Muchas gracias, señor... Mi nombre es Freddy. A sus órdenes. Cualquier cosa que necesite se la serviré al instante.

—*Okay*, Freddy. Lo tendré en cuenta.

—Cualquier cosa, señor —recalcó el muchacho.

Davenport sonrió cerrando la puerta.

Sí.

Freddy no fanfarroneaba.

Los botones de Nueva York tenían fama. Te podían proporcionar desde una

«Coca-Cola»

hasta una dosis de heroína. Desde el último ejemplar del *Playboy* a una escultural *call-girl*.

George Davenport se adentró en la estancia.

Confortable y lujosa. Dotada de reducida antesala con televisor, radiotocadiscos, mueble bar...

Digna del Zion Hotel.

Davenport acudió a la puerta que comunicaba con la habitación contigua. Disponía de cierre. Por ambos lados. Deslizó el pasador y, al accionar el pomo, la hoja de madera cedió.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Davenport.

Pasó a la estancia contigua.

Similar a la anterior.

—¡Sheila...! ¡Sheila...!

Nadie respondió.

En una mesa descubrió un par de voluminosos paquetes etiquetados con la popular firma neoyorquina Paul Stuart, especializada en confección para caballero.

Se apoderó de ambos envoltorios retornando a su habitación.

Acudió al cuarto de aseo.

Un baño, después de las nueve horas del vuelo Roma-Nueva York, le haría bien. También procedió a un afeitado. Treinta minutos más tarde se contemplaba en el espejo.

Ya con nueva vestimenta.

Cuando se disponía a salir del cuarto de baño le llegó súbitamente la romántica voz de Sinatra en su eterno tema *Night and day*.

Y Davenport volvió a sonreír.

Ahora con mayor entusiasmo.

Pasó a la antesala.

Allí estaba Sheila. Junto al radiotocadiscos. Correspondiendo a su sonrisa. Mirándole con sus grandes ojos verdes.

No pronunciaron palabra alguna.

Se abrazaron para unir sus labios en un largo y apasionado beso.

Siguieron otros. Más apremiantes. Más volcánicos...

Se prolongaron hasta que cesó la voz de Sinatra.

Sheila se separó.

Con entrecortado respirar.

—El estar un par de días separados tiene estas ventajas, George. Te muestras más... efusivo. He acertado con la ropa, ¿verdad? Te encuentro muy atractivo.

—También tu modelito es precioso.

Sheila rió en cantarina carcajada.

—Lo acabo de comprar en la Quinta Avenida... ¿Qué tal?

Sheila realizó un par de vueltas.

Obligando a que los ojos de Davenport se tornaran vidriosos.

Sheila era de majestuosa belleza.

Irresistible.

Tentadora...

Veintidós años de edad. Rostro semiovalado. Pelo castaño, corto, sedoso, graciosamente peinado... Ojos verdes y enigmáticos. Nariz pequeña. Pómulos algo salientes. Boca grande, de gordezuelos labios húmedos y seductores...

Su cuerpo era digno de figurar entre las diosas del Olimpo. Cimbreado. De mórbidas curvas. Senos erguidos, caderas de pronunciada redondez, piernas de esbeltos muslos...

Aquel vestido resaltaba aún más su belleza.

—¿Ya has almorzado, George?

—Tomé algo en el avión.

—Yo vengo de almorzar. Puedo telefonar ordenando que suban algo para ti.

—No. Prepárame un *whisky*. Es lo único que me apetece. ¿Tienes cigarrillos?

—En mi habitación. Vamos..., tenemos mucho de qué hablar.

Se trasladaron a la estancia contigua.

También allí la antesala contaba con todos los servicios.

La muchacha procedió a servir el *whisky* solicitado por Davenport. Éste se había acomodado en el sofá atrapando la cajetilla de tabaco depositada en la mesa rinconera.

Sheila acudió junto a él.

Le ofreció el vaso de *whisky*. Sin hielo y sin soda.

—¿Y bien, George? ¿Quién es nuestro cliente?

Davenport demoró unos instantes la respuesta.

La joven, al sentarse, había mostrado con generosidad las piernas. Incluso la corta falda llegó a descubrir fugazmente un negro encaje.

—Gottfried Milland.

Sheila agrandó sus verdes ojos.

—¿Milland...? ¿El «rey del vicio»? ¿El heredero de Bianchini...?

—Ajá.

—Magnífico. Es agradable trabajar para los poderosos. ¿Cuál es su problema?

—Son varios sus problemas —sonrió Davenport exhalando una bocanada de azulado humo—. Y también para nosotros. Tenemos que burlar al FBI, a los hombres de un tal Robert Marley y a los propios gorilas de Milland.

—¿Has aceptado?

—Sí. El riesgo está compensado por la paga. Medio millón de dólares. Ya tengo doscientos cincuenta mil en mi poder.

El rostro de Sheila reflejó estupor. Parpadeó repetidamente. Sin dar crédito a las palabras de Davenport.

—¿Estás bromeando?

—Nada de eso, nena. Escucha con atención...

George Davenport procedió a narrar con todo detalle su entrevista con Milland. Sin omitir nada. Concluyó mostrando las cinco fotografías.

Sheila las contempló.

Una por una.

Detenidamente.

—¿Qué te parece, pequeña?

—Algo fabuloso. Estoy aturdida, George. ¡Medio millón de dólares...!

—Un héroe de la televisión, no recuerdo ahora su nombre, cobra un millón por cada trabajo.

—También nosotros terminaremos por alcanzar esa suma —rió la joven—. ¡Ya nos aproximamos a ella!

—¿Qué me dices de las dificultades? A los hombres de Robert Marley podemos esquivarles; pero con el Federal Bureau of Investigation al acecho resultará más difícil.

—Llevamos años burlando a la justicia, querido. ¡Ni tan siquiera estamos fichados! Lo conseguiremos. Por medio millón de dólares sería capaz de atentar contra el mismísimo presidente de los Estados Unidos.

Davenport se inclinó para besarla en la comisura de los labios.

—Perfecto, nena. Así quería oírte hablar. Un par de trabajos como éste y nos retiraremos a disfrutar el resto de nuestros días. Ahora pasemos a estudiar un plan de acción.

—Disponemos de una semana, ¿no?

—En efecto.

—Veamos...

Sheila volvió a contemplar las cinco fotografías. Tras consultar los datos que figuraban al dorso de las mismas las fue ordenando sobre la mesa. Dirigió una mirada a Davenport.

Esperando su conformidad.

George Davenport movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí..., me parece correcto. Nueva York, Boston, Washington, Chicago y Miami Beach. Un buen orden.

—Únicamente Chicago se aleja de la ruta. ¿Los negocios de Milland se extienden hasta Illinois?

—No lo creo... Domina la costa Este de los Estados Unidos. Pero es lógico que tenga contacto con Chicago. Aunque sólo sea por tradición. Allí se inició Luigi Bianchini. Posiblemente sea la fuente de sus negocios de máquinas tragaperras. Poco importa desplazamos hasta allí. El medio millón de dólares cubre todos los gastos.

Sheila tomó una de las fotografías.

—Sarah Parsons, Nueva York, con domicilio en el 713 de Wyler Street, en el *borough* de Manhattan. Trabaja en The Apple, una sala de juego propiedad de Gottfried Milland.

—Empezaremos por ella.

—¿Cuándo, George?

—Esta misma noche.

—¿Qué método emplearemos? —interrogó Sheila con diabólico brillo en sus verdes ojos—. Creo que...

Resultaba escalofriante oír hablar de asesinatos a una encantadora muchacha como Sheila. Proyectando un itinerario de muertes. Estudiando cómo desembarazarse de sus víctimas. Cómo burlar a los hombres de Marley, al FBI, a la justicia...

Sí.

Resultaba escalofriante.

Pero Sheila Crooker y George Davenport formaban la pareja ideal.

Ambos habían nacido para matar.

CAPÍTULO IV

Sarah Parsons abandonó The Apple muy bien acompañada. Nada menos que del brazo de William Koster, el poderoso magnate de la Koster Steel. Los dos reían en estridentes carcajadas. Llegaron hasta un suntuoso

«GS-77»,

un último modelo «Buick».

William Koster abrió la portezuela.

Torpemente.

Tal vez algo nervioso. A sus cincuenta y cinco años, el verse junto a una mujer como Sarah era para alterar su metabolismo.

Y el de cualquiera.

Sarah lucía un provocativo vestido de noche. De audaz escote que mostraba con turbadora amplitud el inicio de sus opulentos senos.

Koster se situó frente al volante.

El

«GS-77»

rugió sobre el asfalto dejando atrás la iluminada fachada de The Apple.

Todos los movimientos de la pareja habían sido seguidos por George Davenport. Desde el interior de su «Corvette». Estacionado a unas doscientas yardas de la aristocrática saja de juego. Con todas las luces apagadas. Incluso dominando sus deseos de fumar para evitar delatar su presencia.

No inició la persecución.

Esperó.

Sus sospechas se confirmaron.

Un «Pontiac» negro pareció surgir de las sombras emprendiendo el mismo trayecto que el auto conducido por William Koster y su bella acompañante.

Dos individuos en el asiento delantero.

Davenport los divisó fugazmente.

Sonrió.

Suficiente para catalogarles.

Apeataban a policía.

Ahora sí puso en movimiento el «Corvette». Sin prisa. Sin temor a perder de vista al «Pontiac» o al «GS-77».

No le importaba.

Circundó el Bryant Park alejándose de la longitudinal Avenue of the Américas. Sin pisar a fondo el pedal del gas. Sometiéndose disciplinadamente al tráfico nocturno de Manhattan.

Un obligado *stop* le permitió encender un cigarrillo.

Al reanudar la marcha, dirigió una fugaz mirada a su reloj de pulsera. Transcurridos veinte minutos, llegaba a la zona de Murray Hill.

En aquel barrio habitaba Sarah Parsons.

La iluminación no era tan intensa y alegre como en Broadway. También eran más escasos los multicolores luminosos de neón.

Davenport detuvo el vehículo al inicio de Wyler Street.

Descendió.

Con despreocupado andar deambuló por la solitaria calle. Una larga fila de coches, se alineaban en el lado izquierdo.

George Davenport sonrió al reconocer uno de ellos.

El «Pontiac» negro.

Ni rastro del llamativo

«GS-77»

de William Koster.

Al llegar a la tercera bocacalle, junto a una cabina telefónica, Davenport se detuvo.

No tuvo que esperar más de tres segundos.

Sheila apareció de inmediato cruzando la calzada para acudir a su encuentro. La muchacha surgió como fantasmagórica sombra. Lucía un negro pantalón, ceñido suéter oscuro y una capa-abrigo también de negro color.

—¿Ha llegado?

—Sí, George. Está en su apartamento.

—¿Sola?

—Ajá.

—De The Apple salió acompañada de un fulano. Un tipo que no se separó de ella en toda la noche. Perdió más de cincuenta mil dólares en las mesas de juego.

Sheila sonrió.

—Llegaron en un «Buick». Se despidió del individuo con sabios arrumacos de gata. Está sola, aunque vigilada. Apenas detenerse el «Buick», apareció un negro «Pontiac». Aquel que...

—Lo sé —interrumpió Davenport—. Fue el único en salir tras Sarah Parsons. Nadie más les siguió. Iban dos individuos, pero ahora sólo me parece distinguir a uno...

—El otro penetró en el edificio. Siguiendo los pasos de Sarah. Sin duda controlará la entrada al apartamento.

—Dos hombres...

—Apuesto a que del Federal Bureau of Investigation, George.

—Seguro. No parecen ser gorilas de Robert Marley. ¿Has conseguido entrar en el apartamento?

De nuevo los gordezuelos labios de Sheila sonrieron.

—Resultó fácil. Al marchar Sarah a The Apple, el apartamento quedó sin vigilancia. Consta de dos habitaciones, cocina y salón-comedor. El dormitorio está situado a la izquierda de un pequeño corredor. Al final. El ventanal de la cocina comunica con la escalera de incendios. Sospechando que ésa sería nuestra única entrada, he alterado el cierre y suavizado el marco. Cederá al más leve empuje. Planta doce. He dejado un pequeño esparadrapo para orientarte.

Davenport palmeó la mejilla de la muchacha.

—Buen trabajo, nena. Espero llegar a la escalera de incendios sin ser visto por el individuo del «Pontiac».

—Yo te cubriré, George —afirmó Sheila palpando un significativo bulto de su abrigo—. Si hace ademán de salir del auto, le lleno la cabeza de plomo.

Davenport besó los carnosos labios de la joven.

Fugazmente.

Ninguna otra palabra.

Ya todo estaba dicho. Ahora actuarían como robots. Como dos máquinas programadas para matar.

Se separaron.

George Davenport se colocó unos guantes de negra fibra que se

ajustaron a sus manos como una segunda piel. Inició un largo rodeo para, evitar el aproximarse al «Pontiac». Recorrió una de las bocacalles bordeando edificios hasta situarse perpendicularmente al temido vehículo.

El «Pontiac» estaba aparcado en lugar estratégico.

Desde allí se pedía controlar la entrada al edificio y la bocacalle lateral donde se alzaba la escalera de incendios. El individuo dirigía alternativas y esporádicas miradas.

Davenport avanzó con lentitud.

Pegado a la fachada.

Con felinos movimientos.

Llegó al primer peldaño de la escalera de incendios. Semiencorvado. Protegido por la penumbra reinante en la bocacalle.

Comenzó a subir.

Con un extraño brillo en sus grises ojos.

En tensión.

Al alcanzar la planta señalada por Sheila, ni el más leve jadear escapaba de su boca. Descubrió el adhesivo blanco. Lo arrancó guardándolo en uno de los bolsillos de la oscura trenca. Acto seguido extrajo de la funda sobaquera una «Super-Star» de 7,62 mm.

Del bolsillo izquierdo un tubo silenciador que procedió a enroscar al cañón del arma.

Con la mano derecha intentó alzar el ventanal.

Sonrió fríamente.

Sí.

Sheila había realizado un magnífico trabajo.

La hoja subió con facilidad. Sin emitir ruido alguno.

George Davenport pasó la «Super-Star» a su diestra atravesando el marco de la ventana.

Penetró en el apartamento.

Quedó unos segundos inmóvil hasta acostumbrar sus ojos a la oscuridad.

Caminó hacia la puerta. Al abrir la hoja de madera descubrió el corredor. A la derecha quedaba el salón-comedor. Frente por frente al *living*. La última habitación del pasillo estaba abierta.

Davenport avanzó hacia aquel lugar.

Extremando sus precauciones.

Su enguantada mano izquierda empujó lentamente la puerta. Ésta sí chirrió; pero el ruido quedó amortiguado por el procedente del cuarto de aseo. El batir del grifo de la bañera era más fuerte.

La habitación estaba desierta.

Sobre el lecho, el vestido de noche de Sarah. En la alfombra unos finos *pantys* y ropa interior femenina.

Entre el chapotear del agua le llevó también la voz de Sarah Parsons. Canturreando un viejo *rock* de Elvis Presley.

La puerta del cuarto de aseo también aparecía entreabierta.

George Davenport pudo divisar a la mujer.

En el interior de la bañera. Semiocultando su escultural cuerpo en blanca espuma. El grifo continuaba vertiendo un grueso chorro de agua caliente.

Aquello favorecía los planes de Davenport.

Los disparos, ya de por sí amortiguados por el silenciador, pasarían totalmente desapercibidos por el ruido del agua.

Empujó la puerta.

Muy poco.

Sólo lo necesario para extender su enguantada diestra. Con el dedo índice curvado sobre el gatillo de la «Super-Star».

Davenport, mientras accionaba el disparador, chasqueó la lengua.

No resultaba agradable destruir belleza.

Pero aquél era su trabajo.

Y George Davenport lo cumplió a la perfección.

Vaciando el cargador sobre la indefensa Sarah Parsons.

CAPÍTULO V

Minutos antes habían realizado una breve parada en Providence para un ligero desayuno.

De nuevo el «Corvette» rodaba por la autopista que conducía a Boston.

El trayecto Nueva York-Boston, por la costa, podía considerarse como un grato paseo. Bridgeport, New Haven, New London, Providence y Boston. Sin forzar la marcha el viaje se realizaba en unas cuatro horas.

Sheila lucía un juvenil conjunto de blusa camiserita roja y falda en franela de igual color. Calzaba altas botas negras.

La joven ahogó un suspiro.

Los tres botones superiores de la blusa sin ajustar. Dejando al descubierto el nacimiento de los turgidos senos femeninos.

George Davenport desvió la mirada del parabrisas.

—¿Cansada...? Hemos madrugado mucho.

—No es eso..., ¡es el maldito calor! No lo soporto. Estoy bañada en sudor.

Davenport, antes de volver a fijar sus ojos en la autopista, los posó en el pronunciado escote.

—Si te atreves con ese cuarto botón, no respondo de mí.

La muchacha rió divertida. Del salpicadero extrajo una cajetilla de tabaco inglés.

«Benson & Hedges».

Se llevó un cigarrillo a los gordezuelos labios. Tras succionar un par de veces, lo depositó en los labios de Davenport. Acto seguido encendió un segundo cigarrillo.

—¿Cuánto nos queda, George?

—Menos de treinta minutos. No he querido acelerar. Sería gracioso tener problemas con los agentes de tráfico.

—¿No está el auto a tu nombre?

—Por supuesto. Es un obsequio de Gottfried Milland. Todo en regla. Pero tenemos el tiempo justo y cualquier incidente nos obligaría a pasar la noche en Boston. Debemos aparentar no haber salido de Nueva York. En nuestra profesión, todas las precauciones son pocas. He solicitado de Freddy, el botones del Zion Hotel, un par de boletos para los espectáculos más atrayentes del New York by night.

—Como una pareja de recién casados.

—Eso es.

—Aunque nadie sospecha de nosotros, celebro que tomes todo tipo de medidas. Me siento segura a tu lado, George. Tus planes se realizan a la perfección. Sin el menor fallo.

—También tú colaboras, nena. Ayer mismo, de no contar con tu ayuda, me hubiera resultado difícil llegar hasta Sarah Parsons.

—Igualmente lo lograrías. Conseguiste salir sin que el individuo del «Pontiac» se percatara de nada. Supongo que a estas horas ya se habrá descubierto el cadáver. Los periódicos de la mañana ignoraban el suceso.

—Lógico. Apuesto a que Sarah tenía por costumbre dormir hasta el mediodía. Los sabuesos del FBI nada sospecharán. Los vespertinos sí divulgarán la noticia. De ahí mi deseo de llegar cuanto antes a Boston.

—Para evitar que Claire Harris se ponga en guardia.

—Claire, el FBI y los hombres de Marley —rió Davenport—. Hasta ahora la vigilancia era rutinaria. Deficiente. Cuando se descubra el asesinato de Sarah Parsons sí entrarán en acción.

El «Corvette» ya circulaba por los alrededores de Boston.

El tráfico se fue haciendo paulatinamente más intenso y lento.

—Jamás he pisado Boston. ¿Y tú, George?

—Un par de veces. Antes de afincarme en Italia recorrí los Estados Unidos de extremo a extremo.

—Dudo que me guste la ciudad —murmuró Sheila con gracioso mohín—. ¿Es cierta su aureola de puritanismo?

Davenport asintió riendo en sonora carcajada.

—¡Seguro! Es su estandarte. Creo que aún perdura la Watch and Ward Society[1] en contra de las publicaciones pornográficas, el vicio, las drogas... —Para todo buen bostoniano sólo existe la Universidad de Harvard, el Boston Common y Beacon Hill.

—¿Qué puede hacer en semejante ciudad la organización de Gottfried Milland?

—Milland no puede olvidar su anterior vinculación a la Mafia. Las actividades de la Cosa Nostra. Drogas, juego y prostitución. Milland las ha fomentado al máximo, llegando a merecer el nombramiento de «rey del vicio». Es inteligente. Al igual que la Mafia, sus negocios legales son la mejor pantalla para actuar. Boston no podía ser la excepción. Todo lo contrario. El vicio, por estar mal considerado en una sociedad extremadamente escrupulosa, se cotiza más alto. Hay que pagar una tarifa mayor por simples alucinógenos, por los favores de una vulgar *cali-girl*, por una clandestina reunión de juego... Esa sobretasa es en función del deseo de que todo permanezca en secreto. La organización de Milland les ofrece esa seguridad a sus clientes. Podrán seguir pavoneando de honorabilidad.

—Eso ocurre en todas las ciudades del mundo. Hay infinidad de hipócritas. Boston no podía ser la excepción.

—Considero Boston como cualquier otra ciudad de los Estados Unidos, Sheila. Con virtudes y defectos. Aunque a nosotros nada de eso nos interesa.

El «Corvette» ya circulaba por el centro de Boston. Paralelamente al descomunal Boston Common. Un parque de cuarenta y cinco acres en pleno corazón de la ciudad.

Davenport estacionó en un aparcamiento próximo al City Hall.

La muchacha dio alternativas miradas a derecha e izquierda.

—¿Es aquí...?

—No. Claire Harris, nuestra segunda víctima, tiene su domicilio en el 945 de Lang Road, ¿no?

Sheila abrió su bolso de mano. En el interior, junto con los objetos de tocador, se veía una pistola de cachas de marfil y una fotografía.

—Correcto, George. Claire Harris, 943 de Lang Road. Barrio de Laymor.

—Y su lugar de trabajo la Eve Alta Costura, en el Saks Boulding.

—Ajá.

—Pues ahí lo tienes, Sheila —dijo Davenport señalando un alto edificio que hacía esquina con Washington Street—. Voy a echar un vistazo. Tú espera aquí.

—¿No puedo acompañarte?

—No, Sheila. Juntos levantaríamos sospechas.

—¿Por qué? Infinidad de parejas acuden a presenciar los desfiles de modas... Incluso creo que sería más lógico que fuera yo. Una mujer es...

Davenport posó el dedo índice en los carnosos labios de la joven. Cortando así sus palabras.

—Eve Alta Costura es algo... especial. Espera aquí. ¿*Okay*?

—Sí, George. Lo que tú digas.

Davenport descendió del auto cruzando la calzada en dirección al Saks Boulding. Penetró en el edificio consultando el tablero indicador. La Eve Alta Costura se hallaba en la planta veintidós.

De entre los múltiples elevadores «ómnibus», «rápidos» o «expresos», se decidió por este último. Un ascensor que sólo realizaba cuatro detenciones en su recorrido a lo largo del rascacielos.

Minutos más tarde, deambulaba por los pasillos de la planta veintidós.

Descubrió las oficinas de Eve Alta Costura.

La sala de recepción, de suntuosidad no exenta de distinción, estaba controlada por bellas azafatas.

George Davenport se dirigió a una rubia de voluminosos senos.

—Quisiera hablar con el patrón.

—¿Con quién? —Parpadeó la rubia.

—Con el jefe de esto.

La azafata hizo un instintivo mohín de desagrado.

—La señorita Harris es la directora del establecimiento —recalcó la mujer con altiva voz—; pero dudo que pueda recibirle sin cita previa. ¿Qué casa representa?

Davenport sonrió.

—Te equivocas, nena. No soy un agente de trapos femeninos. Es un asunto privado. El señor Milland, en Nueva York, me sugirió que acudiera aquí.

—Un momento, por favor...

La rubia abandonó el mostrador de recepción desapareciendo tras una puerta giratoria. Reapareció a los pocos minutos.

—¿Tiene la amabilidad de seguirme? La señorita Harris le espera...

Davenport dejó atrás la antesala pasando a un amplio local atravesado por una serpenteante pasarela. Cómodas butacas y mesas ocupaban la ahora desierta sala. Allí debía tener lugar el pase de modelos.

George Davenport fue conducido a un confortable despacho.

Sí.

Era Claire Harris quien le esperaba. La fotografía no le había hecho justicia. Al natural era más bella.

—Gracias, Judith... Puedes retirarte.

La azafata obedeció la indicación de Claire Harris. Ésta se dedicó a contemplar en inquisitiva mirada a Davenport. Con sonrisa algo distante y fría.

—¿Dice que le envía Milland, señor...?

—Davenport. George Davenport. En efecto. Estuve hablando con Gottfried en Nueva York. Me une una gran amistad con él. Me indicó que aquí podía solucionar mi problema.

—¿De veras...? ¿Cuál es su problema, señor Davenport?

George Davenport esbozó una maliciosa sonrisa.

—Yo soy el... relaciones públicas de la Hawkins Company. La empresa proyecta instalar sucursal en Boston y se va a celebrar una pequeña fiesta con los ejecutivos seleccionados y alguna personalidad local. Será un *party* íntimo. No más de diez invitados. Por supuesto, deseo chicas discretas, educadas... y alegres. Dignas de toda confianza. No me agradan los incidentes. No me han designado cantidad fija para este servicio. La fijará usted y yo pagaré sin protestar. ¿Qué le parece?

La frialdad en el rostro de Claire Harris pareció acentuarse.

La mirada que dirigió a Davenport fue marcadamente despectiva.

—Creo que sufre un lamentable error, señor Davenport. Éste es un establecimiento de alta costura.

—Oh, sí..., por supuesto —rió Davenport con cinismo—. Y yo deseo diez modelos para un pase privado en honor de la Hawkins Company.

—Adiós, señor Davenport.

George Davenport no hizo ademán de retirarse. Tampoco la sonrisa desapareció de sus labios.

—Le ruego me disculpe, Claire... Tal vez no he seguido las

normas de rigor. No ultimé esos detalles con Gottfried, ya que salí precipitadamente de Manhattan, pero sí me habló de la Eve Alta Costura. ¿Qué le parece si comunica telefónicamente con Gottfried? Sería cuestión de segundos. Dígale mi nombre. Davenport. Le responderá que soy de toda confianza.

—Por supuesto que voy a telefonear... ¡a la policía!

Claire Harris giró para desaparecer tras una puerta situada junto a un armario archivador.

Aquella reacción no impresionó a Davenport.

Consciente de que Claire no llamaría a la policía. De ser ése su deseo hubiera utilizado cualquiera de los tres aparatos telefónicos situados sobre la mesa escritorio. Si abandonó el despacho fue precisamente para comunicarse con Gottfried Milland.

Davenport encendió un cigarrillo.

Con irónica sonrisa.

Imaginando la astuta respuesta de Milland.

Plena confianza en George Davenport.

Sí.

Ésa sería su respuesta.

Alrededor de los cinco minutos permaneció Davenport sólo en la estancia. Cuando retomó Claire, la hostil y reservada expresión de su rostro había desaparecido por completo. Ahora dedicó a Davenport la más sensual de sus sonrisas.

Claire no contaba más de los veinticinco años de edad, aunque parecía haber alcanzado la máxima plenitud de belleza. Vestía con elegancia. Propia de la directora de una importante empresa de alta costura. Y Claire, sin duda alguna, podía competir triunfalmente con todas sus modelos.

George Davenport, experto en aquella materia, la devoró con la mirada. Admirando la perfección de su cuerpo. La armoniosa y tentadora proporción de su busto, cintura y caderas.

La sensual sonrisa se acentuó en la mujer al percatarse de la lasciva mirada de Davenport.

—Le ruego me disculpe, señor Davenport. Ciertamente no es normal presentarse así para solicitar determinados... servicios. Ya he hablado con Milland. Me ha ordenado que le complaciera en todo.

—¿En todo?

—Eso ha dicho —murmuró Claire con cálida y prometedora voz—. Y yo soy una empleada muy obediente.

—*Okay*, Claire. Entonces empezaremos por tutearnos. Aún es pronto para almorzar, pero ¿qué te parece si tomamos un aperitivo? Podemos ultimar los detalles.

Claire dirigió una rápida mirada a su diminuto reloj de pulsera.

—Sí..., creo poder ausentarme un par de horas. Has sido muy madrugador. ¿Tienes auto?

Davenport mintió con aplomo.

Sin vacilar.

—Sufrió una avería al entrar en la ciudad. He llegado hasta aquí en un taxi.

—No importa. Tomaremos el mío. Quiero llevarte a un lugar muy acogedor donde podremos hablar con toda tranquilidad.

Abandonaron el despacho.

Claire, antes de salir de las oficinas, cursó instrucciones a las azafatas. Se unió a Davenport que ya esperaba junto a uno de los elevadores.

Poco más tarde pisaban el asfalto.

—Aquél es mi auto —dijo Claire señalando un «Ford Mustang» estacionado al otro lado de la calzada—. ¿Vamos?

George Davenport se había detenido simulando atar uno de sus zapatos.

Su intención era otra.

La de intercambiar una significativa y rápida mirada con Sheila. Ésta comprendió. Como si leyera los pensamientos de Davenport. Ambos estaban compenetrados al máximo. Como una nueva versión de la temida pareja Bonnie Parker y Clyde Barrow.

George Davenport y Claire penetraron en el Whip Club.

Un local coquetón y de decoración deliberadamente íntima y pecaminosa. Con tenue iluminación. Casi en penumbra. A la entrada, un semicircular y acolchonado mostrador. Al fondo, las mesas separadas por artísticos biombos.

En un mullido diván.

Tomaron asiento en uno de aquellos reservados.

—¿Qué te parece, George?

—Tenías razón, Claire. Es... acogedor.

Uno de los empleados acudió para tomar nota del pedido. Al retornar junto al mostrador fue seguido por la mirada de Davenport. Pudo ver la entrada de Sheila.

La muchacha se acomodó en uno de los taburetes del mostrador. Portaba en sus manos el pequeño bolso. Comenzó a acariciarlo mientras que su cabeza realizaba un imperceptible movimiento afirmativo.

Los grises ojos de Davenport adquirieron fugaz brillo.

Captando el significado de aquel movimiento.

El barman regresó con el pedido.

—Por el inicio de nuestra amistad, George.

Levantaron las copas.

Los carnosos labios de Claire no se conformaron con sonreír sensuales. Se aproximaron lentamente a los de Davenport. También los brazos femeninos se enroscaron en su cuello.

George Davenport la besó con fingido entusiasmo.

Su mente estaba muy lejos de allí.

—Ya no recuerdo el nombre de tu empresa, George...

—La Hawkins Company.

—No me resulta familiar...

—Derivados del petróleo. Se va a instalar una delegación en Boston.

—¿Para cuándo es el proyectado *party*?

—Dentro de cuatro días. Diez invitados.

—Llevaremos quince chicas —sonrió Claire—. Siempre es mejor que sobren e incluso que los invitados puedan elegir. ¿Qué tipo de fiesta deseas organizar, querido?

Davenport se encogió de hombros.

—La clásica reunión de hombres de negocios que quieren divertirse tras una jornada de deliberaciones.

—Hay que matizar más, George. Háblame de ellos. Nuestra organización se caracteriza por complacer a sus clientes en cuanto deseen. Se puede animar la velada con proyección de algún filme... especial, con drogas suaves y... ¡Oh...!

—¡Qué torpe soy! —exclamó Davenport apesadumbrado al derramar el vaso sobre la mesa. Parte del líquido goteó en el elegante vestido de Claire—. Discúlpame, Claire..., yo...

—No tiene importancia, George.

—Juro regalarte otro... ¡El más caro de tu centro de modas!

Claire rió divertida.

—No digas tonterías... No es nada... Voy un momento al tocador y solucionado.

—Insisto en regalarte el mejor de los vestidos.

—De acuerdo, querido, de acuerdo...; pero ahora no te preocupes más. Vuelvo en seguida.

Claire avanzó hacia una puerta situada al fondo del local.

Fue entonces cuando George Davenport se incorporó haciendo una seña al empleado. Pagó la consumición encaminándose hacia la salida.

Pasó ante Sheila, pero ninguno pronunció palabra.

También Sheila depositó unos billetes sobre el mostrador. Descendió del taburete para, con despreocupado paso, dirigirse hacia el tocador.

Penetró en los servicios.

Seis ovalados espejos, con su correspondiente mesa y butaca, se alineaban en la pared de la izquierda. Al otro lado tres puertas que conducían a los cuartos de aseo.

Claire estaba frente a uno de los espejos.

Con la falda del vestido levantada. Sus piernas, enfundadas en finos *pantys*, se mostraban con amplitud. Procedía a pasar una pequeña esponja por la parte manchada del vestido.

Giró la cabeza al entrar Sheila.

Intercambiaron una cordial sonrisa.

—¿Puedo ayudarte? —inquirió Sheila con cortesía a la vez que empujaba una de las puertas de los reservados.

—No, gracias... Espero que este limpiador sea eficaz.

Sheila, ya en el interior del cuarto de aseo, abrió su bolso de mano para apoderarse de la pequeña pistola de cachas de marfil. Se inclinó atrapando la alfombra. La dobló en cuatro.

Sin salir del reservado, entreabrió la puerta asomando la cabeza.

—Oye, por favor... Estoy en dificultades... ¿Puedes venir un momento?

Claire, que ya se disponía a marchar, asintió con una sonrisa. Avanzó hacia el cuarto donde se hallaba Sheila.

—¿Qué te ocurre, querida...?

—Pasa, por favor.

Claire obedeció.

Sin sospechar nada.

Súbitamente Sheila le aplicó la doblada alfombra sobre el seno izquierdo. El cañón de la pistola pegado también a la alfombra.

Los movimientos de Sheila fueron rápidos.

Sincronizados.

Cuando Claire Harris quiso reaccionar, ya era demasiado tarde.

Sheila había apretado fríamente el gatillo.

George Davenport abrió la portezuela del «Corvette» cuando vio a la muchacha salir del Whip Club.

Sheila se introdujo en el auto.

Davenport inició la marcha.

—¿Y bien?

—Perfecto, querido. Puedes borrar de la lista a Claire Harris.

George Davenport sonrió.

—Ha resultado más sencillo de lo que creíamos. ¿Dejaste pasar algún tiempo para comprobar si alguien seguía a Claire?

—Sí. Al verte salir con ella de la Eve Alta Costura sospeché tu plan. Esperé unos segundos. Nadie pareció seguros. Al llegar al Whip Club, también esperé prudentemente antes de entrar.

—La noticia de la muerte de Sarah Parsons aún no ha llegado a Boston. Hemos sido endiabladamente rápidos.

—¿Cómo lograste que Claire confiara en ti?

—Telefoneó a Milland. ¿Y tú? ¿Te resultó fácil?

—Oh, sí... El tocador de mujeres es lo más apropiado para iniciar amistades. La hice entrar en uno de los reservados. Con una alfombra a modo de almohada amortigué el disparo. Mi pistola es silenciosa, pero no quise correr ningún riesgo.

—¿Has comprobado si...?

—Por supuesto, George; aunque el balazo fue en pleno corazón. Está muerta. Cerré la puerta del reservado. Con un poco de suerte tardarán en descubrir el cadáver.

—Eso ya poco nos importa. Ya estaremos lejos de Boston. Esta misma noche celebraremos nuestro éxito en el mejor *night club* de Nueva York. Y mañana...

—Washington. Stella Baker.

—Correcto, pequeña; pero ya entonces serán del dominio

público los asesinatos de Sarah Parsons y Claire Harris. Y el FBI actuará con todo su poder para proteger a los otros tres testigos.

Los carnosos labios de Sheila sonrieron.

Fríos.

Cruels...

—¿Les servirá de algo, George?

Davenport correspondió a aquella diabólica sonrisa.

—En absoluto, Sheila... Dos ya han muerto. Las otras tres pronto emprenderán el viaje al Más Allá.

CAPÍTULO VI

Freddy depositó los periódicos sobre la mesa de noche.

—Señor Davenport...

George Davenport, en el cuarto de baño, desconectó la máquina de afeitar acudiendo al dormitorio. Llevó su diestra al bolsillo del pantalón para sacar un billete de diez dólares, que ofreció al botones.

—Gracias, muchacho.

—Ahí tiene todos los diarios de Nueva York y Boston. ¿En verdad no le interesa alguna publicación... underground? Le puedo recomendar...

—Adiós, Freddy.

El botones abandonó la estancia con resignado rostro.

George Davenport se sentó al borde del lecho atrapando la cajetilla de tabaco. Tras encender un cigarrillo se dedicó a consultar los periódicos allí amontonados.

Algunos ni tan siquiera mencionaban el asesinato de Sarah Parsons.

En Nueva York, lo noticiable era precisamente una muerte no violenta. Asesinatos, crímenes, violaciones, robos, asaltos... todo aquello era normal. Sin embargo, la muerte de Claire Harris sí era merecedora de un mayor comentario. En Boston aún no se habían acostumbrado a la violencia. Se reproducía una fotografía de Claire. Doblada en aquel reducido cuarto de servicio del Whip Club. Con un negro orificio dibujado en su seno izquierdo.

La fotografía que se publicaba de Sarah Parsons era más macabra.

Más sensacionalista.

Haría las delicias de los lectores de la «crónica negra».

Sarah Parsons, en una bañera de agua oscurecida por la sangre, aparecía acribillada a balazos.

Lógicamente no se relacionaban ambos asesinatos. Tampoco eran muy extensos los comentarios. Los de rigor. La policía investiga, parece tener buenas pistas, el asesino será capturado...

Sí.

Lo de siempre.

Ni la más leve alusión al FBI ni mencionar que las víctimas eran vigiladas por la poderosa organización policíaca.

Davenport sonrió arrojando el último de los periódicos. Se incorporó para recoger el portafolios del armario. Allí, en un doble fondo del maletín, estaban las piezas de su potente «Super-Star». Guardó la máquina de afeitar y otros objetos de uso personal.

Se ajustó la trenca comprada por Sheila.

Con el portafolios en la mano izquierda se dirigió a la puerta que comunicaba con la estancia contigua.

No se molestó en llamar.

Sonrió al descubrir la habitación en penumbra.

Sheila dormía plácidamente.

George Davenport la contempló unos segundos. Con profunda admiración. Percibió el suave y acompasado respirar de la joven. Sus túrgidos senos, seductoramente delineados bajo la sábana, subían y bajaban en rítmico movimiento.

Davenport acudió al ventanal.

Sin dejar de sonreír.

Súbitamente corrió la cortina permitiendo que la claridad del día penetrara a raudales iluminando con intensidad la estancia.

La muchacha dio un respingo, quedando sentada en el lecho.

Sobresaltada.

—¿Qué...? ¿Qué ocurre...?

—¡Hora de levantarse, Sheila! ¡Ya son cerca de las once!

Sheila parpadeó.

Tratando de despejar su somnolencia. De pronto se percató de su nula vestimenta y, lanzando un pequeño grito, se cubrió con la sábana hasta el cuello.

Enrojeció.

Con ojos llameantes.

—¡Fuera de aquí, George!

—Por favor, Sheila..., tú estás seductora aun recién despertada. Nada altera tu belleza.

—¡Fuera!

—De acuerdo. Te espero en el bar del hotel. Aquí te dejo mi portafolios. Lo guardas en una de tus maletas.

—¿Cuándo salimos, George?

—¿Cuánto tiempo necesitas tú para arreglarte?

—Pues... no más de una hora.

—Perfecto. Iré a por el auto, tomaremos el desayuno en el hotel y emprendaremos viaje hacia Washington. Almorzaremos por el camino. En Baltimore. Allí estudiaremos el plan de acción contra Stella Baker.

—¿Ya has leído los periódicos?

—Sí. Las muertes de Sarah y Claire son ya del dominio público. Stella Baker, Maureen Parks y Sharon Scott estarán ahora muy nerviosas. También el FBI y los hombres de Robert Marley. Empiezan las dificultades para nosotros.

—Eso hará el trabajo más interesante.

Davenport se aproximó al lecho.

—Eres deliciosa, Sheila. Voy a...

¡No! —exclamó la muchacha con fingida energía—. ¡Si te acercas, no estaré lista en una hora! ¡Fuera!

Davenport asintió.

Apesadumbrado.

—Tienes razón... Y es preciso llegar pronto a Washington para tantear el terreno. Ahora no todo será tan rápido y sencillo. Bien, pequeña..., nos debemos a nuestro trabajo. Somos profesionales.

—Ya disfrutaremos el triunfo, George.

—Seguro, nena. ¿Una hora?

—Una hora.

—Estaré en el bar. Con el auto a la puerta del hotel para emprender la marcha. No te demores. Antes de las seis de la tarde quiero divisar el monumental Washington.

—George...

Davenport, ya con su diestra accionando el pomo de la puerta, giró fijando sus ojos en la muchacha.

—¿Sí?

—¿Dejamos el Zion Hotel? El viaje a Washington es corto y...

George Davenport chasqueó la lengua.

Interrumpiendo a Sheila.

—Ignoramos el tiempo que estaremos en Washington, Sheila. Depende de las... circunstancias. Incluso solucionando todo con rapidez, es posible que emprendamos vuelo a Chicago sin necesidad de regresar a Nueva York. Sería una pérdida de tiempo absurda. Aquí ya hemos terminado. Ahora es Washington quien nos reclama. Concretamente Stella Baker. Nuestra tercera víctima.

CAPÍTULO VII

Washington.

Distrito de Columbia.

Capital de los Estados Unidos.

Ciudad tranquila, sencilla y democrática. De reducida vida nocturna y con pocos lugares de diversión. Población transitoria. Diputados, senadores, embajadores, corresponsales... Ninguno permanece. Incluso el presidente tiene que, abandonar algún día la Casa Blanca.

Ciudad plagada de monumentos, parques y arboladas avenidas que se inclinan ante la majestuosidad del Capitolio. A cada extremo de éste se halla el Senado y la Cámara de Representantes. Y bajo su cúpula la bella rotonda de níveas columnas de mármol.

El Museo Lincoln, el Monumento de Washington, Potomac, Monte Vernon, el Teatro de Ford...

Una maravilla.

Una ciudad de ensueño.

Terriblemente aburrida.

Ése era su gran defecto.

En Washington, capital de la nación, sede del Gobierno federal, del presidente, del Tribunal Supremo y del Congreso; no hay tiempo para la diversión y los placeres.

George Davenport lo sabía. Conocía bien la ciudad. De ahí que su rostro reflejara un nulo entusiasmo.

Sheila, por el contrario, parecía feliz de encontrarse allí. Entrecortados suspiros escapaban de sus labios.

—No eres nada romántico, George... Estamos en la ciudad de los cerezos. ¿No percibes el embriagador aroma de sus flores? Todo Washington se cubre con una invisible capa de mágico perfume...

Davenport olfateó al aire.

Con irónica mueca.

—Es curioso... No recibo precisamente el aroma de los cerezos. Recibo algo muy distinto. Voy a detener el auto para que tú también te percales.

Davenport estacionó en doble fila.

Sonrió.

La muchacha le dirigió una perpleja mirada.

Sin comprender.

—¿Qué ocurre, George?

—Estarnos en la Pennsylvania Avenue. Echa un vistazo al edificio aquél. El paralelo al National Archives. ¿Sabes de qué se trata? Es el Departamento de Justicia. Y en su quinto piso están las oficinas del FBI. ¿No percibes el tufo a polizontes?

Sheila, que había seguido con la mirada la dirección señalada por Davenport, retrocedió instintivamente encogiéndose en el asiento. Su rostro adquirió la palidez de la azucena.

Reaccionó al oír la burlona carcajada de Davenport.

—¡George...! Eres..., eres...

—Soy realista, nena —concluyó Davenport reanudando la marcha por la longitudinal avenida—. Me sorprende tu romanticismo. No es propio de Sheila Crooker.

—Soy una mujer, George.

—¡Seguro!

La joven ignoró la rápida y a la vez devoradora mirada que Davenport dirigió a su bien formado cuerpo.

—No me comprendes. Tengo sentimientos. El que pueda matar fríamente, nada significa. No es obstáculo. Mi rencor a la sociedad no me impide amar y admirar las cosas bellas. Matar y amar son compatibles. Tengo sentimientos, George..., creí que ya lo sabías. Te amo con todas mis fuerzas.

Davenport no respondió.

Siguió como si no hubiera oído las palabras de Sheila. Ésta también guardó silencio. Consciente de que la conversación no era del agrado de Davenport.

El «Corvette» se fue alejando del centro de la ciudad para adentrarse en la zona próxima a Georgetown.

Davenport detuvo el auto en uno de los aparcamientos de Barrio Sutton.

Descendieron del vehículo comenzando a caminar por la calzada

de Winton Boulevard. Una larga avenida que, junto con tres más, desembocaba en la circular plaza denominada Lockup.

Todas las viviendas de Winton Boulevard eran iguales. Desuna sola planta, con jardín y piscina. *Bungalows* separados por setos. De reducido terreno.

—Nos estamos aproximando, Sheila... Mantén los ojos bien abiertos.

La muchacha asintió con leve movimiento de cabeza. Cuando Davenport abarcó su cintura se apretó contra él rodeándole con los brazos. Muy juntos. Intercambiando fugaces besos.

Como una vulgar pareja de enamorados.

Pasaron ante el 437 de Winton Boulevard.

El observador más sagaz no hubiera descubierto nada anormal en la pareja. Davenport y Sheila continuaron entrelazados. Aparentemente ajenos a todo cuanto les rodeaba. Siguiendo su romántico paseo por la avenida.

Al llegar a la circular plaza se separaron.

George Davenport encendió un cigarrillo.

—¿Y bien, Sheila?

—No parece haber vigilancia en el *bungalow*, pero sí en la avenida.

—Los dos individuos del «Mercury» gris, ¿no?

—Correcto, George. Era el único auto ocupado. Me sorprendió no ver a nadie deambulando por el jardín o en el porche del *bungalow*.

—Olvidas algo, Sheila. El FBI no quiere darse a conocer. Stella Baker ignora que es custodiada por el Federal Bureau of Investigation.

—Pero es de suponer que haya pedido protección a los hombres de Robert Marley.

—No lo dudo. Y estarán con ella en el interior de la casa.

—¿Qué hacemos, George?

—En primer lugar, cerciorarnos de que Stella continúa en el *bungalow*. Volveremos a telefonar preguntando por ella. Ahora la llamarás tú. No quiero que el oír de nuevo mi voz pueda alertarla.

—¿Qué le digo?

—Cualquier tontería... Stella Baker figura como la propietaria de una cadena de librerías e imprentas de Washington. Pregunta

por el último *best-seller* o las tarifas de impresión, De seguro te enviará al diablo por molestarla; pero ya habremos obtenido nuestro propósito.

Sheila sonrió.

—Resulta gracioso que la organización de Gottfried Milland controle una red de librerías...

—Otro negocio..., legal y próspero. Washington es la cuna de la imprenta y de todo tipo de publicaciones. Stella ejerce más bien de cebo. Engatusando a altos funcionarios que luego son sometidos a chantaje y obligados a proporcionar información secreta a la organización de Milland. Todo bien...

Davenport se interrumpió.

Su mirada se posó en la colina cercana. En la cima se emplazaba un restaurante denominado The Beacon.

La joven siguió la mirada de Davenport.

—¿Ocurre algo, George?

—Estoy pensando... Aquellos miradores del restaurante nos pueden ser muy útiles. Telefonea al *bungalow* de Stella Baker. Nos reuniremos en la terraza del local. Allí te explicaré.

Mientras Sheila avanzaba hacia una de las cabinas telefónicas de la plaza, George Davenport emprendía la subida al restaurante de la colina. The Beacon. El nombre resultaba apropiado. Era visible a varias millas... y a la vez servía de punto de observación.

Davenport llegó a la cima.

No penetró en el local. Acudió directamente a la terraza. Varias mesas ocupadas. Mayormente parejas que subían con el pretexto de contemplar el bello atardecer; aunque también se veían algunos niños incordiando con sus gritos y carreras.

George Davenport tomó asiento en una de las mesas. Parsimoniosamente encendió un cigarrillo en espera de que se aproximara el empleado. Solicitó un *whisky*. Cuando fue servido, se incorporó con fingida indiferencia. Rebuscó en sus bolsillos algunas monedas de veinticinco centavos. Introdujo una de ellas en la ranura del aparato telescopio.

Pronto enfocó el *bungalow* deseado.

Giró un poco el aparato para fijarlo en el «Mercury». Seguía allí. Con los dos individuos en el asiento delantero.

La voz de Sheila sonó a su espalda:

—Está en la casa, George...

—Lo suponía —respondió Davenport sin dejar de mirar por el objetivo—. Los dos hombres del «Mercury» lo dan a entender. Desde aquí veremos la salida de Stella Baker.

—Pero... ¿cómo vamos a seguirla?

Davenport desvió la mirada hacia la muchacha.

Sonrió.

—¿Seguirla estando escoltada por agentes del FBI? Nada de eso, Sheila... Esperaremos su regreso. La esperamos en el interior del *bungalow*.

El atardecer desde The Beacon era algo maravilloso.

Los niños ya habían desaparecido de la terraza. Ahora quedaban las parejas de enamorados que, en honor a la verdad, les importaba muy poco admirar el encuentro del sol con el horizonte.

Se dedicaban a cosas más placenteras.

A excepción de Davenport y Sheila.

Ellos formaban una pareja muy singular.

—¿A qué esperamos, George? Stella Baker ya ha abandonado el *bungalow*. Y los dos hombres del «Mercury» fueron tras ella. ¿Por qué no actuamos?

Davenport consultó el digital de su reloj de pulsera.

—Sí..., ya podemos iniciar el descenso. Con tranquilidad. Quiero llegar amparado por las sombras de la noche. He estado observando el *bungalow* vecino. El de la izquierda. Está deshabitado. Entraré por allí.

—¿Tú solo?

Davenport sonrió palmeando la mejilla de la joven.

—Sí. No quiero que corras ningún riesgo. Ignoramos si ha quedado alguien en el interior del *bungalow*.

—Supongamos que así sea, George. Uno, dos o más hombres. ¿Cómo vas a desembarazarte de ellos sin ruido?

—Lo decidiré sobre la marcha.

—¡No estoy conforme!

George se incorporó comprobando el *ticket* del restaurante. Depositó diez dólares sobre la mesa.

Sheila se colgó de su brazo derecho.

Iniciaron el descenso a la circular plaza Lockup.

—Oye, George.... ¿Por qué no me presento yo en el *bungalow*? Simulando buscar a determinada persona. Unicamente preguntar por...

—No.

—Sin correr riesgos, George. Te prometo no intentar nada. Me limitaré a comprobar si alguien responde a mi llamada. Es lo mejor. Y tú lo sabes. Entrar por sorpresa, ignorando el número de ocupantes, es jugar con nulas posibilidades de éxito. Cualquier disparo o grito de alarma echaría todo nuestro plan por tierra.

Davenport encendió un cigarrillo.

Sin responder a los razonamientos de la muchacha.

Dudando.

Sólo al adentrarse en Winton Boulevard se decidió a hablar.

—De acuerdo, Sheila. ¿Prometes ser prudente?

Los gordezuelos labios de la joven sonrieron.

Abiertamente.

—Sí, George. Prometido.

—Bien. Yo me adelantaré en busca del auto. Nos reuniremos en la tercera bocacalle. Nos es conveniente estacionar muy cerca del *bungalow*. Recuerda tus palabras, Sheila. Nada de correr riesgos.

George Davenport cruzó la calzada separándose de la muchacha.

Caminó a grandes zancadas.

Sheila, por el contrario, siguió con despreocupado andar. La avenida aparecía desierta. Ya amenazada por las prematuras sombras de la noche.

Llegó ante el número 437 de Winton Boulevard.

Sheila lucía un suéter y falda a cuadros. Estiró el ceñido jersey resaltando aún más sus túrgidos senos. Ahora se delinearon provocativamente. Desafiantes.

Con decidido paso cruzó el seto de entrada para, tras recorrer el pequeño jardín, llegar al porche del *bungalow*.

Ninguno de los ventanales estaba iluminado.

Sheila pulsó el llamador.

Mientras esperaba respuesta, sus manos jugaron con el pequeño bolso donde guardaba la automática. Transcurridos unos segundos, volvió a presionar el llamador.

Nueva espera.

Cuando ya se disponía a retirarse, se entreabrió la puerta del

bungalow. Apareció el rostro de un individuo. De aplastada nariz y pómulos salientes. Cejas maltrechas. Con aspecto de *catcher*.

La manifiesta desconfianza del individuo desapareció al percatarse del sexo de su visitante.

—¿Qué quieres, muñeca?

—Éste es el 437 de Winton Boulevard, ¿no?

—Sí...

—Bien. Pues aquí estoy.

El individuo parpadeó.

—No..., no comprendo...

Sheila colocó los brazos en jarras. Inspiró profundamente. El ajustado suéter controló con dificultad los senos femeninos.

—Oiga, amigo... Han telefoneado al Aurora Instituto solicitando una *esthéticienne*. Supongo que sería su mujer quien efectuó la llamada. Señora Dickinson. Hablé con ella. Dijo que tenía que acudir a una fiesta y deseaba la máxima rapidez.

El hombre rió estúpidamente.

Terminó de abrir la puerta a la vez que guardaba un objeto en la sobaquera...

Sheila adivinó que se trataba de un arma.

—Sufres un error, muñeca... Mi mujer me abandonó hace ya muchos años. Se largó mientras yo recibía una soberana paliza en el *ring* del Madison. Hace ya muchos años...

—¿Ésta no es la casa de la señora Dickinson?

—No, muñeca.

—Oh, le ruego me disculpe... He debido tomar mal la dirección... ¡Qué fastidio! He perdido lamentablemente mi tiempo. Buenas noches.

—Oye..., ¿por qué no me haces la manicura a mí? —rió el individuo con lascivos ojos—. Estoy solo y aburrido.

—Otro día, hermano.

Sheila giró.

A su rostro asomó una cruel mueca.

Todo había salido a la perfección.

Entrar en el *bungalow* iba a resultar muy fácil. Stella Baker se podía considerar ya con las horas contadas.

CAPÍTULO VIII

El hombre abrió la puerta.

Sonrió mostrando unos nicotinizados dientes.

—¡Infiernos...! ¿Otra vez tú?

Sheila le correspondió con sensual sonrisa.

—Lo he pensado mejor. La tarifa de una *esthéticienne* es de cincuenta dólares por sesión. ¿Conforme?

—¡Seguro, muñeca! —exclamó el individuo haciéndose a un lado—. Adelante...

Sheila penetró en el *bungalow*.

El *living* permanecía a oscuras. Al igual que el resto de la vivienda.

El hombre cerró la puerta.

—Mi nombre es Corbett... Lewis Corbett.

—¿No puedes encender ninguna luz, Lewis?

—Oh, no... Lo lamento. No es posible.

—¿Por qué?

El llamado Corbett rió en estridente carcajada.

—Son órdenes. Además..., ¿para qué necesitamos luz? Ahora vamos a...

El hombre se interrumpió bruscamente.

Quedó con la boca entreabierta.

Contemplando estúpidamente a Sheila. Ya no para admirar lujuriosamente su cuerpo, sino para fijar la mirada en la pequeña automática. El cañón de la pistola le apuntaba a la cabeza.

—No quiero matarte, Lewis; pero si realizas un solo movimiento sospechoso, te lleno la cabeza de plomo.

—¿Qué..., qué significa...?

Sheila retrocedió unos pasos.

Sin dejar de encañonar a Corbett.

Con la mano izquierda abrió la puerta de entrada al *bungalow*.

Permitiendo el paso de George Davenport.

—Buen trabajo, Sheila —aprobó Davenport con dura sonrisa—. ¿Éste es el *bull-dog*?

—Sí, George. Te presento a Lewis Corbett. Un tipo muy simpático.

Corbett, tras resoplar furioso, atacó.

Sin importarle la amenazadora pistola de Sheila apuntando a su cabeza. Demostrando una nula inteligencia, un valor suicida o tal vez demasiado irritado por el engaño sufrido.

Se abalanzó sobre Davenport. Éste, aunque no esperaba el súbito ataque del individuo, reaccionó haciendo gala de felinos reflejos.

Esquivó las zarpas de Corbett.

Ágilmente.

En un hábil quiebro.

Acto seguido le respondió con un crochet que remató con terrorífico golpe de karate, aplicado con el filo de ambas manos, en mitad de los Hatos.

Lewis Corbett se derrumbó pesadamente.

Con los ojos estrábicos.

Totalmente *groggy*.

—¿Está muerto?

—No... He controlado la violencia de los golpes —respondió Davenport arrastrando al inerte individuo hacia el abierto salón—. Busca una cuerda o algo para maniatarle. No olvides poner tus guantes.

Sheila regresó a los pocos minutos con el grueso cordón de unas cortinas. Sus manos estaban protegidas por negros guantes. También las de Davenport. Éste procedió a atar al desvanecido Corbett.

—Dentro de poco estaremos totalmente a oscuras —suspiró la muchacha—. Parece que Lewis tiene prohibido encender cualquier luz de la casa.

—Tal vez tengamos que sufrir una larga espera, Sheila... Acerca algunas botellas para amenizar la velada.

La joven acudió al mueble-bar. Se apoderó de una botella de *whisky* y dos vasos. También descubrió un diminuto transistor. Lo conectó al acomodarse en el sofá junto a Davenport. La voz de Ringo Star les llegó en el romántico *Only you*.

George Davenport estaba registrando la cartera del individuo.

—No parece pertenecer a la organización de Gottfried Milland... tiene el domicilio en Manhattan y trabaja en un gimnasio del estercolero de East River. Esperaremos a que vuelva en sí para hacerle algunas preguntas.

Davenport se reclinó en el sofá. Extrajo la «Super-Star» procediendo a enroscar el tubo silenciador.

Aceptó el vaso de *whisky* que le ofrecía la muchacha.

—Eh, George..., nuestro amigo empieza a recuperarse.

Lewis Corbett, sobre la alfombra del salón, entreabrió los ojos sacudiendo la cabeza. Las manos atadas a la espalda y enlazadas a los pies por la misma cuerda.

Aunque ya las sombras de la noche restaban toda claridad a los ventanales, sí vio el cañón de la «Super-Star» a escasas pulgadas de su frente.

Bizqueó.

—No..., no dispaes...

George Davenport sonrió.

—Eso depende de ti, Lewis. Responde a mis preguntas y salvarás el pellejo. ¿Quién es tu patrón?

—Marley... Robert Marley...

—¿Qué haces aquí, Lewis? ¿Protegiendo a Stella Baker?

—Sí...

—¿Tú y quién más?

—Bruce Gifford... es uno de los lugartenientes de Marley.

—¿Es el que salió con Stella?

—Sí. Iban a una fiesta que se celebra en el Paradise Club en honor de cierto escritor famoso.

—Stella trabaja para Gottfried Milland. No es lógico que se presente acompañada de un miembro de su rival Marley.

Lewis Corbett tragó saliva.

Aquel negro cañón apoyado en su nariz le ponía nervioso.

—Bruce Gifford se hace pasar por delegado de la Bookshop International. Llegamos ayer desde Nueva York por orden de Marley. Bruce Gifford no se separa de Stella y yo vigilo la casa hasta que regresan.

—También vigila el FBI, Lewis.

Corbett agrandó los ojos.

Por unos instantes se olvidó de la «Super-Star».

—¿El FBI?

—No parece estar al corriente de muchas cosas, compañero. Esperaremos a Stella y a su acompañante. ¿Hay acordada alguna contraseña?

—No... Sólo debo permanecer con las luces apagadas.

—Gracias, Lewis. Has sido muy amable. Puedes seguir durmiendo.

Davenport descargó el cañón de la «Super-Star» en la frente del individuo.

Un seco golpe.

Suficiente para que Lewis Corbett retornara al mundo de los sueños.

—Eres muy contundente, George —rió Sheila—. Me gustan tus métodos.

—Y a mí me gustas tú, nena.

Davenport abarcó a la joven por la cintura atrayéndola contra sí para besar ávidamente sus gordezuelos labios.

—¿No te molestan los guantes, George?

—Inconvenientes de nuestra maldita profesión —murmuró Davenport deslizándose sus labios por el frágil cuello femenino y reclinando a la muchacha en el largo sofá.

La voz de Sinatra resonó ahora en el transistor. En el nostálgico tema *The Summer Knows*.

—Nuestro favorito, George. Es...

—¡Al diablo con él!

Se centró en los labios de Sheila.

Ella le correspondió.

La voz de Sinatra no fue escuchada. Ni la de Elton John, León Rusell, Joe Cocker, Edward Bear, Straws y demás cantantes que desfilaron en aquel radiofónico programa musical.

Fue una agradable velada.

Interrumpida por el rugir de un motor y el chirriar de neumáticos sobre el asfalto.

George Davenport se incorporó atrapando la «Super-Star».

Acudió al ventanal del salón.

Un auto deportivo penetró en el recinto amurallado de setos deteniéndose en el artificial *parking* del jardín.

Descendieron un hombre y una mujer.

George Davenport desvió la mirada hacia Sheila.

Su voz fue un susurro.

—Ya están ahí, Sheila... Empieza nuestro trabajo.

Un auto, un «Mercury», avanzó silencioso por Winton Boulevard frenando a poca distancia del *bungalow*.

Segundos después de que el deportivo penetrara en el jardín.

George Davenport lo contempló desde el ventanal.

Allí estaban los sabuesos del FBI.

El ruido de la cerradura en la puerta de entrada se escuchó con nitidez. Se encendió la luz del *living* llegando su claridad hasta el salón.

Sonó la voz de un hombre:

—¡Lewis...! ¡Lewis...! Apuesto a que ese bastardo se ha dormido.

—No me sorprendería, Bruce —respondió una voz femenina—. Permanecer horas y horas en la oscuridad debe ser muy aburrido.

—Su obligación es estar alerta, Stella. Para eso se le paga. Le voy a machacar la...

Bruce Gifford había accionado el interruptor del salón.

El y Stella Baker quedaron recortados bajo el umbral.

Y al mismo tiempo que se iluminaba la estancia sonaron los dos taponazos. Confundiéndose en uno solo. Más tenues que el descorchar de una botella de champaña.

Bruce Gifford y Stella Baker se desplomaron al unísono.

Sin proferir un solo gemido.

Ambos recibieron el impacto en la cabeza.

George Davenport, frente a la entrada del salón, sonrió al comprobar lo certero de sus disparos.

Sheila, tras uno de los sillones y con la pistola en su diestra para corregir cualquier posible error, se incorporó correspondiendo a la sonrisa de Davenport.

—Dos magníficos disparos, George. Te felicito.

—Lo difícil será salir de aquí, Sheila. Los dos polizontes permanecen vigilando. Dejaremos pasar algún tiempo. Luego apagaremos las luces simulando que los ocupantes de la casa se retiran a dormir. Una segunda espera para que se confíen aún más y

acto seguido nos deslizamos al jardín del *bungalow* contiguo.

—Lograremos burlarles. Mira... ya ha despertado el bueno de Lewis.

Corbett, desde el suelo, podía contemplar perfectamente los dos cuerpos que yacían a la entrada del salón.

Desorbitó los ojos aterrorizado.

—Tranquilo, Lewis —aconsejó Davenport—. No queremos matarte, pero debes permanecer con la boca cerrada. Una sola palabra y te envío al infierno. ¿De acuerdo?

Corbett, con el rostro bañado en frío sudor, asintió repetidamente.

—Buen chico. Sígueme, Sheila...

Pasaron al corredor abriendo una de las puertas. Resultó ser uno de los dormitorios.

Davenport accionó el interruptor.

—Así... La dejaremos encendida algún tiempo. Como si Stella procediera a acostarse.

—¿Qué hacemos con Lewis?

George Davenport fijó sus grises ojos en la muchacha.

—Demasiado lo sabes, Sheila. Si jamás hemos sido fichados ha sido merced a nuestra prudencia. La principal norma en nuestra profesión es la de no dejar ningún testigo con vida. Yo me encargaré de él.

Davenport volvió al salón.

Se inclinó sobre el pálido Corbett aproximando el cañón de la «Super-Star» a su frente.

—Bueno, Lewis...; aunque eres un torpe aficionado espero que sepas comprenderlo. Te voy a liquidar. Es necesario. No me guardes rencor, ¿eh?

—No..., no dispaes..., no...

—Lo lamento, hermano.

—El... el FBI...

George Davenport, que ya se disponía a apretar el gatillo, arqueó las cejas.

—¿Qué ocurre con el FBI, Lewis?

—Os he oído hablar... El FBI vigila la casa, ¿no?

—En efecto, pero no te preocupes por nosotros. Ya solucionaremos el problema.

—Debes dejarme marchar para que el FBI no sospeche... Juro no decir nada..., me largaré sin delataros y...

Los ojos de Davenport adquirieron súbito brillo.

—Un momento, Lewis..., ¿de qué diablos estás hablando? ¿De qué puede sospechar el FBI?

—Cuando Bruce y Stella llegaban a la casa, yo salía al instante. Siempre se hizo así. Creo que les estorbaba, ¿me entiendes? Si esos policías no me ven salir sospecharán algo anormal y...

George Davenport ya no quiso escuchar más.

Como una exhalación se precipitó hacia el ventanal.

A tiempo de ver cómo los dos hombres abandonaban el «Mercury» y se encaminaban hacia la casa.

Con las armas en la mano.

—¡Sheila!

La muchacha acudió veloz a la llamada de Davenport.

Consciente de que algo grave sucedía.

—¿Qué ocurre, George?

—¡Nos han descubierto! ¡Los dos policías se aproximan a la casa!

—¿Cómo han podido...?

—¡Eso no importa ahora! Hay que salir de aquí, Sheila. ¡A sangre y fuego! Seremos nosotros los primeros en iniciar el ataque. Cuando les veas llegar al porche, disparas. No te preocupe el no hacer blanco. Sólo quiero que centren su atención en el ventanal del salón. No corras riesgos, Sheila. Límitate a disparar sin apenas asomarte.

—¿Qué harás tú?

—¡Enviarles al infierno! Ya se acercan, Sheila... Cuenta mentalmente hasta cinco y aprieta el gatillo.

George Davenport abandonó precipitadamente la estancia pasando al *living*. Apagó la luz. Su enguantada mano izquierda aferró el pomo de la puerta haciéndolo girar.

Esperó.

Con los nervios en tensión, aunque la «Super-Star» que sostenía su diestra no delataba temblor alguno.

Sonó el disparo.

Hasta oídos de Davenport llegaron las maldiciones de los dos individuos.

No abrió la puerta bruscamente.

Todo lo contrario.

Sólo la entreabrió. Con lentitud. Unas pulgadas. Lo suficiente para ver a los dos hombres retroceder buscando parapetarse tras el auto del jardín. Disparando sus armas contra el ventanal del salón.

Sin prestar atención al porche.

Era el momento de actuar.

Así lo comprendió Davenport.

Ahora sí abrió la puerta con brusquedad saltando al porche. Apretando una y otra vez el gatillo de la «Super-Star».

Los dos hombres no llegaron a alcanzar el auto. Tampoco lograron desviar sus armas hacia Davenport. Éste demostró una vez más su mortífera puntería.

Los dos individuos se desplomaron sobre la húmeda hierba del jardín.

George Davenport corrió hacia ellos.

Sin precaución alguna.

Seguro de la eficacia de sus disparos.

Sheila llegó a tiempo de ver cómo Davenport registraba los bolsillos de los caídos. Una singular placa brilló en su enguantada mano. Con un águila imperial en su parte superior y una inscripción grabada.

«Federal Bureau of Investigation. Department of
Justice».

—Agentes del FBI...

—Sí, Sheila... Hemos liquidado a dos *G-mens*. Si nos cazan tenemos plaza segura en la silla eléctrica. Salgamos de aquí cuanto antes. Puede que algún vecino se haya alarmado por os disparos.

Abandonaron el *bungalow*.

En veloz carrera hacia el estacionado «Corvette».

El nerviosismo por haber eliminado a dos agentes del Federal Bureau of Investigation les hizo olvidar la primera y principal norma de todo profesional del crimen.

«No dejar ningún testigo con vida».

CAPÍTULO IX

Pasaron la noche en un motel cercano a Washington.

Necesitaban calmarse tras la accidentada aventura de Winton Boulevard.

George Davenport fue el primero en abandonar el motel. Ya bien entrada la mañana. Se dedicó a buscar plaza en algún vuelo en dirección a Chicago. Fue inútil. Al menos para aquel día. Consiguió, con gran suerte, dos plazas en un Charter nocturno que hacía escala en el Aeropuerto Internacional

O'Hare

de Chicago.

También visitó una importante agencia *rent a cart* con sucursales en todos los EE. UU. Se desembarazó de su «Corvette» adquiriendo a cambio un «Pontiac» que le estaría esperando a su llegada al aeropuerto de Chicago.

Davenport retornó en taxi al motel.

En recepción le indicaron que Sheila ya había abandonado su habitación. La encontró en la piscina del establecimiento. Surcando las cristalinas aguas.

George Davenport se acomodó en la mesa donde Sheila tenía sus pertenencias. Bajo una protectora sombrilla. Solicitó un martini con ginebra. Sobre la mesa, junto a la consumición de la joven, se veían algunos periódicos de Nueva York y Washington. El *Washington Post*, *Evening Star*, *New York Times*, *Daily News*...

Sheila se había estado informando.

Davenport encendió un cigarrillo.

El ya estaba al corriente de todo lo publicado en los periódicos. De ahí que se dedicara a contemplar las evoluciones de Sheila en el agua. La muchacha aún no se había percatado de su presencia. Al verle agitó alegremente su mano derecha nadando hacia la escalerilla.

Salió de la piscina.

Seductora.

Como la reencarnación de la diosa Venus.

Sheila lucía un minúsculo bikini. Un audaz *tanga*. La pieza superior mostraba con generosidad los juveniles senos. La inferior se limitaba a un breve triángulo de tela.

Sheila rechazó la toalla cubriendo su cuerpo con un albornoz. Se acomodó junto a Davenport.

—No te he visto llegar, George...

Davenport trazó una semicircular mirada.

—Éste es un lugar muy tranquilo. Fue buena idea instalarse en un motel alejado de la ciudad.

—¿Has conseguido los boletos?

—Sí, pero tendremos que pasar todo el día aquí. El avión sale de madrugada. Llegaremos a Chicago a las siete u ocho de la mañana.

Sheila fijó su mirada en los periódicos.

—¿Ya has...?

—Sí. Muy buenos titulares... «Masacre en Winton Boulevard»... «Agentes del FBI acribillados»...

—Y la declaración de Lewis Corbett.

El rostro de Davenport no se alteró. Succionó el cigarrillo exhalando una bocanada. Su voz sonó carente de inflexión.

—Un error que, afortunadamente para nosotros, no traerá consecuencias.

—Dio nuestra descripción.

—¿Y qué? No tengo ninguna cicatriz visible ni tú llevas pierna ortopédica. Nuestra descripción coincide con la de cientos de parejas. Al no estar fichados no tienen ninguna pista.

—Nuestro plan ya ha sido dado a conocer. El *Washington Post* insinúa que las recientes muertes de Sarah Parsons, Claire Harris y Stella Baker pueden estar relacionadas. Todas ellas trabajaban para la organización de Gottfried Milland.

—El *Washington Post*, desde que descubrió la basura del Watergate, no cesa en sensacionales noticias. ¿Qué importa eso? El FBI ya conocía sobradamente nuestro plan. Eliminar a cinco posibles testigos. ¿De qué les sirvió?

—Se dice que el Federal Bureau of Investigation jamás ha dejado sin castigo la muerte de uno de sus agentes.

Davenport entornó los ojos.

Dirigiendo una penetrante mirada a la muchacha.

—¿Tienes miedo, Sheila?

—No tenerlo sería estúpido e inconsciente. El poder del FBI...

—Estamos terminando nuestro trabajo —interrumpió Davenport secamente—. Nos largaremos a Italia con medio millón de dólares. Es posible que el FBI nos ponga en cabeza de su lista de «los diez más buscados»; pero desconocen a quién tienen que capturar. Ésa es nuestra ventaja. Ahora olvidemos lo ocurrido ayer. Tampoco a mí me agradó disparar contra los dos agentes. ¿Tenía otra salida? Olvidémoslo.

—Sí, George...

Davenport se inclinó abarcando con ambas manos el rostro de la muchacha. La besó en los labios.

—Tenemos todo el día para nosotros, Sheila... No desaprovechemos un solo segundo.

Así fue.

En aquellas horas que les restaban hasta la salida del avión sí se comportaron como una normal pareja de enamorados. Como los recién casados que seleccionaban las bellezas de Washington para su luna de miel.

Un maravilloso día que incluso les hizo olvidar lo sangriento y cruel de su trabajo.

Pero pronto volvieron a la realidad.

Fue precisamente cuando ya volaban en dirección a Illinois.

Las manos de Davenport se crisparon sobre una de los periódicos proporcionados por la azafata. El *New York Post*. Un diario de la tarde.

—Maldito estúpido...

—¿Qué ocurre, George? —interrogó Sheila.

Davenport, por toda respuesta, señaló uno de los titulares del periódico.

Muy breve.

«Gottfried Milland se desplaza a Chicago».

En la agencia *rent-a-cart* del aeropuerto Internacional O'Hare

de Chicago le fueron entregadas las llaves. Uno de los empleados les acompañó hasta el lugar donde se encontraba estacionado el «Pontiac».

Emprendieron viaje hacia la ciudad.

Unas once millas separaban el aeropuerto del centro de Chicago.

Dado lo incipiente de la mañana, el tráfico resultó fluido. El «Pontiac» rodó por la autopista realizando el trayecto en un tiempo récord.

Iban en silencio.

George Davenport, con las manos aferrando el volante y un extraño brillo en sus grises ojos, no parecía muy dispuesto a la conversación. Fue Sheila, cuando divisaron Oak Park, quien rompió el tenso silencio.

—¿Qué te preocupa, George? ¿La presencia de Gottfried Milland en Chicago?

Davenport desvió la mirada hacia la joven.

Furioso.

—Maldita sea..., ¿aún no lo comprendes? Milland quiere mantenerse al margen de estos asesinatos. Simular que es ajeno a ellos y aparecer en el juicio limpio de toda culpa. Ahora está aquí. Y su estancia, coincidirá con la muerte de Maureen Parks.

—No pueden acusarle a él.

—Con ser sospechoso ya es suficiente. Fue un estúpido. Máxime sabiendo que Maureen está próxima a morir. Por supuesto que se mostrará en todo momento acompañado de cientos de testigos. Con aplastantes coartadas. Pero el estar aquí no le beneficia. Me sorprende. Milland es inteligente. ¿Por qué lo habrá hecho?

—Tal vez tenga graves motivos.

—Lo vamos a averiguar.

—¿Cómo?

—Telefoneando a Milland.

—¿Lo crees prudente, George? El FBI le habrá sometido a estrecha vigilancia y...

—Correremos ese riesgo.

El auto ya circulaba por West Superior Street. En pleno centro de Chicago. No llegó a cruzar la Michigan Avenue. Se detuvo próximo a la Holy Name Cathedral. Aprovechando un espacio de estacionamiento autorizado.

Descendieron del «Pontiac» encaminando sus pasos hacia el *snack* más cercano.

La ciudad empezaba a despertar.

El tráfico se hacía más intenso y el número de viandantes se duplicaba por momentos.

Penetraron en un local.

—Puedes ir haciendo el pedido, Sheila... Voy a telefonar.

Mientras la muchacha se acomodaba en una de las mesas, Davenport siguió hasta el fondo del local. Junto a las puertas de servicios se veían dos cabinas telefónicas.

Se introdujo en una de ellas atrapando el listín. Minutos más tarde discaba un número en el dial del aparato.

La señal de llamada se repitió una y otra vez. Llegó la voz a través del micro:

—Residencia de Gottfried Milland.

Davenport esbozó una fría sonrisa.

—Quiero hablar con él. Con Milland.

—Lo lamento. El señor Milland aún está en sus habitaciones. Le pueden atender en la Milland Company de Lincoln Avenue.

—Es un asunto privado.

—*Okay*. Entonces vuelva a llamar dentro de una hora.

Puede entonces que el señor Milland se haya levantado y...

—Quiero hablar ahora, compañero —interrumpió Davenport secamente—. Avísale.

—El señor Milland ha ordenado que...

—Escucha, bastardo —cortó Davenport por segunda vez—. Te estás jugando el empleo y ganando una paliza. Dile a Milland que le llama su amigo de Italia. Es urgente. ¿Comprendes?

El comunicante de Davenport no respondió.

Se produjo una breve pausa.

George Davenport aprovechó para encender un cigarrillo y depositar nuevas monedas en el depósito del aparato.

Reconoció la voz de Milland.

—¿Quién es?

—Demasiado lo sabe, Milland. ¿Puedo hablar?

—Le voy a proporcionar un número... Corresponde a mi línea privada. Así evitaremos posibles... interferencias.

—Correcto.

Davenport mentalizó el número. Cortó la comunicación para discarlo. La respuesta ahora fue inmediata.

La voz de Milland ya no parecía tan nerviosa.

—Hola, George. Le felicito. Lleva su trabajo a la perfección; aunque parece que en Washington surgieron dificultades. Dos agentes del FBI...

—¿Qué hace aquí, Milland? ¿Por qué se ha desplazado a Chicago? ¿Acaso no podía sospechar que yo... actuaría aquí?

Gottfried Milland rió.

—Por supuesto, George. Eso fue lo que me decidió. Sabía que se pondría en contacto conmigo.

—No me gusta correr riesgos, Milland —silabeó Davenport—. Ya está suficientemente informado por los periódicos.

—Tenía que comunicarle algo importante. Referente a Sharon Scott. No será necesario el viaje a Miami. Sharon está aquí. Es esto lo que quería decirle. Se marchó a Miami Beach al enterarse de la muerte de Sarah Parsons. Se ha reunido con Maureen Parks.

La diestra de Davenport aferró con fuerza el micro.

—¿Está seguro, Milland?

—Ayer noche, apenas llegar a Chicago, hablé con ellas. Confesaron su propósito de traicionarme. Las pobres están aterradas. Las he perdonado.

—Muy bondadoso.

Milland volvió a reír.

En cruel carcajada.

—Usted no las perdona, George. Cumpla su trabajo. Yo regreso en vuelo privado a Nueva York. Dentro de una hora. Cuando se decida a actuar yo ya estaré lejos de Illinois.

—En Manhattan me pondré en contacto, Milland. Vaya preparando el resto del dinero. Quiero pisar Italia cuanto antes.

—No ha concluido el trabajo, George.

—Se ha simplificado. Sharon Scott y Maureen Parks juntas. Dos pájaros de un tiro. Hoy mismo habré terminado.

Davenport colgó el auricular abandonando la cabina.

Acudió a la mesa ocupada por Sheila.

Le dirigió una sonrisa.

—Estamos de suerte, Sheila. La presencia de Milland en Chicago es justificada. Tenía que comunicarme algo importante. Sharon

Scott está aquí. Junto a Maureen Parks. Y ambas se consideran perdonadas por Milland. Ya no se mostrarán tan prudentes...

Sheila correspondió a *la* fría sonrisa de su compañero.

—Y entonces será más fácil eliminarlas.

—Seguro, nena. Hoy mismo daremos por finalizado nuestro trabajo.

CAPÍTULO X

Milland Center.

No era, por supuesto, semejante al Rockefeller Center neoyorquino; pero sí podía considerarse el punto de reunión de la juventud de Chicago. El lugar preferido.

Un edificio de doce plantas dedicado en exclusiva a satisfacer los gustos más dispares. En el sótano se hallaba el *night-club*. Toda la planta baja dedicada a máquinas tragaperras. Desde las de simple competición a las *slot-machines* o de palanca. Por cinco centavos una máquina pasaba diapositivas de los lugares más bellos de la ciudad. Otra máquina, ésta de veinticinco centavos, ofrecía el más obsceno *strip-tease* en fotogramas.

No sólo acudía la juventud.

Individuos de gris cabello vociferaban y maldecían accionando el «brazo» de las *slot-machines* suspirando por un pleno.

Aquella era una de las secciones más concurridas.

Primera y segunda planta destinadas a *discothèque*, venta de discos, *shows* del cantante melenudo de moda, comentarios de un atildado *disc-jockey*, pósters, prendas juveniles... Tercera planta para cinematógrafo. Con salas privadas y proyección de filmes... «especiales» para clientes de confianza. Cafetería, restaurante, terraza-piscina, *boutique*, salones de belleza y peluquería...

Todo un fabuloso negocio.

Legal.

Aparentemente lícito.

Pero en aquel bloque de cemento tenía lugar la perversión de menores, el consumo de drogas, la corrupción, el vicio...

Tras una nauseabunda tela de araña.

Difícil de descubrir.

George Davenport y Sheila se encontraban en la *discothèque*.

Los verdes ojos de la muchacha no podían ocultar su asombro.

—Contemplando esto me considero un ángel de candor...

Davenport rió divertido.

—Puedes imaginar lo que ocurre en los lugares más reservados. La juventud está perdida, Sheila. Degradada al máximo. ¿Qué podemos esperar? Ellos son el futuro. Caminamos hacia la destrucción.

—Hablas como un viejo.

—¿No lo soy? ¿Me crees capaz de meterme en una de esas jaulas y bailar como un poseso durante horas y horas?

Sheila rió en cantarina carcajada observando las jaulas doradas que pendían del techo. No todas ocupadas por una cimbreada *gogo-girl*. Había también muchachos melenudos que se retorcían siguiendo el trepidante ritmo.

Una estridente música retumbaba en el local.

No parecía existir pista de baile. Las parejas danzaban por todos los rincones. Bombardeadas por intermitentes luces destellantes. Psicodélicas. Aquélla era la única iluminación. Imposible distinguir al hombre de la mujer.

La música se acentuó.

Llegaba al final.

Se hizo más dinámica.

Una de las muchachas de la jaula se despojó de la blusa iniciando un espectacular y espontáneo *strip-tease*. Pasó desapercibido. Al igual que el pelirrojo que, presa de histeria, comenzó a golpear su cabeza contra los barrotes.

—Larguémonos, Sheila. Me temo que voy a vomitar de un momento a otro.

Abandonaron la *discothèque*.

—Ni rastro de Maureen Parks...

—Ésta es su sección, Sheila. Ella es la encargada de toda esta planta. Tal vez esté en la *discothèque*, pero con semejante iluminación es imposible identificarle.

—¿Qué podemos hacer?

—Esperar. Permanecer por aquí hasta...

Davenport se interrumpió.

De uno de los elevadores del corredor salió una mujer. De unos veinticinco años de edad. Con elegante vestimenta que resaltaba la

perfección de su bien formado cuerpo.

—Esa mujer parece...

—Es ella, Sheila. Sharon Scott —murmuró George Davenport—. Sigámosla. Tal vez nos lleve hasta Maureen Parks.

Sharon Scott avanzó por el ala sur. A la sección de despachos privados. Se detuvo frente a una de las puertas. No pulsó el llamador allí existente; sino que golpeó con los nudillos de su mano derecha.

Cinco veces.

Brevemente espaciadas.

La puerta se entreabrió.

Sharon Scott no llegó a entrar. Se limitó a recoger un negro maletín que una misteriosa mano le ofrecía. Acto seguido giró para dirigirse de nuevo a los elevadores.

Davenport y Sheila, que habían observado todos aquellos movimientos, intercambiaron una mirada.

—Sospecho que Sharon y Maureen no están muy convencidas del perdón de Milland. Apuesto que tras aquella puerta se esconde Maureen. Y que en ese maletín llevan dinero perteneciente a la organización.

—¿Qué hacemos, George?

—Sigue a Sharon. Oblígala a entrar en nuestro auto amenazándola con la pistola. Te obedecerá. No le interesa ocasionar ningún escándalo, dado que le resultaría muy difícil justificar la posesión de ese dinero del maletín. Salir por las puertas de servicio. Me reuniré contigo en unos minutos.

Sheila dudó.

Quiso formular alguna otra pregunta, pero ya no había tiempo para más explicaciones.

Sharon ya se disponía a introducirse en uno de los elevadores.

Sheila corrió tras ella.

También Davenport se había alejado por el corredor hasta llegar a la puerta deseada. Golpeó la hoja de madera. Con los nudillos. Cinco veces.

La puerta volvió a abrirse levemente.

—¿Qué sucede, Sharon? No...

Maureen Parks, al percatarse de su error, quiso cerrar; pero ya era demasiado tarde.

Davenport empujó con violencia penetrando en la estancia. Cerró tras de sí quedando apoyado en la madera.

—¿Quién es usted...? ¿Qué quiere...?

Davenport sonrió mientras llevaba su diestra a la funda sobaquera.

—Poca cosa, Maureen. Te has teñido el pelo, ¿verdad? En la fotografía eras una rubia muy explosiva.

—¿Quién...? ¡No...! ¡NO!

George Davenport apretó por tres veces el gatillo de la «Super-Star». Ya con el tubo silenciador acoplado al cañón.

La mujer se desplomó sobre la alfombra que adornaba el despacho.

Davenport no se molestó en averiguar si estaba realmente muerta. No era necesario. Enfundó el arma. Protegiendo su diestra con un pañuelo hizo girar el pomo de la puerta.

Salió al corredor.

Parsimoniosamente encendió un cigarrillo. Haciendo gala una vez más de su espeluznante sangre fría.

Divisó el «Pontiac».

El rostro de Davenport no pudo ocultar una amplia sonrisa. Una mueca de triunfo.

En el asiento trasero del auto se encontraban Sheila y Sharon Scott.

George Davenport se acomodó en el volante.

—Eres maravillosa, Sheila.

—Resultó fácil, querido —respondió Sheila que mantenía en su mano derecha la pistola de cachas de marfil. Semioculta por el bolso. Encañonando a la pálida Sharon Scott—. Tú tenías razón. Sharon no protestó cuando fue abordada. No quería escándalos.

—¿Has echado un vistazo al maletín?

—Sí, George. Contiene unos doscientos mil dólares. Sharon y Maureen pensaban largarse a México.

Davenport inició la marcha.

—Lo suponía. Era demasiado estúpido confiar en el perdón de Milland. Maureen robó ese dinero de uno de los despachos del Milland Center. Un buen plan, ¿verdad, Sharon?

Sharon Scott no respondió.

La palidez de su rostro era cadavérica. Con leve temblor en los

labios. Dominada por el terror.

Sheila sonrió.

—Me temo que Sharon está un poco asustada. ¿Cómo te fue, George?

—Perfecto. Ya estamos llegando al final.

Sharon se decidió a hablar.

Con trémula voz:

—Dejadme marchar..., el dinero del maletín será vuestro... Nadie lo sabrá. Creerán que lo he llevado yo... Por favor... no..., no quiero morir.

—Tranquila, Sharon. Tal vez lleguemos a un acuerdo. Sheila y yo somos muy comprensivos.

El auto se había ido alejando de la ciudad. Dejando atrás los pestilentes parques de ganado y el contaminado Chicago River.

Circuló por la autopista de Hammond.

Recorridas unas cinco millas, el «Pontiac» chirrió al desviarse hacia una polvorienta y desierta comarcal.

Minutos más tarde Davenport detenía el vehículo.

Giró en el asiento.

La «Super-Star» pareció surgir en su diestra.

—Lo lamento, Sharon. Somos profesionales. No es posible trato alguno.

—¡No...! ¡No...!

Sharon se había precipitado sobre la portezuela pugnando por abrir. Recibió los dos impactos en el pecho. Quedó inmóvil. Con el rostro apoyado en el cristal de la ventanilla.

Davenport descendió.

Al abrir la portezuela, el cuerpo de Sharon se desplomó sobre el camino.

Lo arrastró hasta la cuneta quedando semioculto por los matorrales.

George Davenport retornó al auto. Sheila ya se había pasado al asiento delantero. Había abierto el negro maletín.

Davenport fijó sus grises ojos en los fajos de billetes.

—Doscientos mil dólares...

—Sí, George. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Davenport asintió sonriente.

—Correcto. Vamos a ser generosos y rebajar los prometidos

quinientos mil dólares. Nos conformaremos con estos doscientos mil y evitaremos cualquier sucia jugada de Milland. Me limitaré a telefonar dando cuenta del final del trabajo y de que nos quedamos con este dinero quedando cerrado el trato.

—¿Regresamos a Nueva York?

—Sí, Sheila. Aunque rechazo todo tipo de entrevista personal con Milland, sería una descortesía no presenciar el juicio. Tenemos que celebrar nuestro triunfo.

La pareja rió alegremente.

El Pontiac rugió iniciando la maniobra de cambio de dirección. Se alejó veloz. Cubriendo con polvo rojizo el cuerpo de Sharon Scott.

CAPÍTULO XI

Todos los periódicos de los EE. UU., daban cuenta de la sorprendente noticia. En gruesos titulares. Con amplios comentarios.

Andrew Darnell, agente especial encargado del FBI en el estado de Nueva York, sonrió mostrando los numerosos ejemplares amontonados sobre la mesa de su despacho.

—«Jaque Mate al imperio de Gottfried Milland»... «Milland, engañado por el FBI, es sentenciado a la silla eléctrica...». «Cinco testigos que regresan del Más Allá condenan a Gottfried Milland...». «Fantástica historia de dos falsos profesionales del crimen...». Sydney Duncan y Margaret Daniels, agentes del FBI, simulan ser asesinos a sueldo...

Margaret Daniels se llevó un cigarrillo a sus gordezuelos labios. Cruzó graciosamente las piernas dirigiendo una sonrisa a su compañero.

—Nos conocemos esos titulares, señor. George los ha recortado y enmarcado como recuerdo.

—¿George? —rió el hombre de los ojos grises—. Mi nombre es Sydney Duncan.

Margaret rió en cantarina carcajada que fue coreada por los dos hombres.

—¡Oh, cielos...! Aún no me he acostumbrado... Incluso casi me identifico más con Sheila Crooker que con la agente Margaret Daniels.

Andrew Darnell se situó tras la mesa escritorio.

—Han realizado un magnífico trabajo. Tienen aquí una felicitación personal del director del FBI.

—Cualquier agente hubiera triunfado, señor —respondió Sydney Duncan—. El plan era perfecto. No podía fallar. Teníamos todos los triunfos en la mano. Milland no podía sospechar una suplantación.

Se convenció de que estaba tratando con el famoso George Davenport.

—Fue una suerte descubrir a tiempo sus propósitos. Un agente nuestro infiltrado en la organización de Robert Marley nos puso en antecedentes de la traición de esas cinco mujeres. Sospechamos que Milland también estaría al corriente y que trataría de eliminarlas. Así fue. Interceptamos su correspondencia con Luigi Bianchini. Éste le envió los datos de un asesino profesional llamado George Davenport. Un astuto criminal que formaba pareja inseparable con una tal Sheila Crooker. Ambos de nacionalidad USA. Los verdaderos Davenport y Sheila fueron detenidos, con la máxima reserva, en una de las escalas del Roma-Nueva York.

—Y nosotros les reemplazamos —comentó Margaret con amplia sonrisa.

—Sí. La carta que Bianchini envió a Milland fue sustituida. La fotografía, huellas y demás pertenecían a nuestro agente Sydney Duncan. Sabíamos que Milland realizaría varias pruebas para convencerse de la identidad de su visitante. No podía sospechar que aquella carta no fue la cursada por su buen amigo Bianchini.

El agente Duncan encendió un cigarrillo.

—Fue sencillo, señor. Al conocer ese intercambio de correspondencia sabíamos todos sus planes. Me presenté con las llaves del «Corvette» arrebatadas al verdadero Davenport, coincidía la fotografía, las huellas... No podía imaginar la Suplantación.

—Violación de correspondencia —dijo Margaret—. Empezamos a rivalizar con la CIA.

—La organización de Milland estaba haciendo demasiado mal. Era preciso exterminarla. Sin reparar en medios —murmuró el SAC del FBI—. Sé que han hecho un magnífico trabajo.

En todo momento nos comportamos como Davenport y Sheila. Dos profesionales del crimen —aseguró Margaret—. Incluso en nuestras conversaciones en privado.

Sydney Duncan asintió con leve movimiento de cabeza.

—Así tenía que ser para no infundir sospechas. Ignorábamos si Milland había instalado algún micrófono en el «Corvette» o si nuestros pasos eran controlados. Era preferible hablar y actuar como los mismísimos Davenport y Sheila. En todo momento.

—Reitero mi felicitación —dijo el SAC Darnell—. Son además

dos magníficos actores. Sarah, Claire, Stella..., todas creyeron enfrentarse a la muerte. Al recibir esos proyectiles, inofensivos pero fuertemente insensibilizadores, se consideraban ya en el Más Allá. Eran de inmediato recogidas por nuestros agentes que realizaban las oportunas fotografías e impedían que se reconociera a las «víctimas» por algún curioso. Al despertar se encontraban en salas de seguridad del FBI. Y se estremecían al ver su «cadáver» reproducido en los periódicos y leer la reseña del crimen. Eso las convencía para seguir ocultas y a salvo de la venganza de Milland. Todas aceptaron. Colaboraron sin condiciones. Sus declaraciones han sentenciado a Gottfried Milland. Ha sido un verdadero éxito.

—He leído algunas críticas, señor —intervino Sydney Duncan—. No todos aprueban nuestro procedimiento. Y no me refiero a la violación de correspondencia que actualmente es permitida en circunstancias especiales. Simular unos crímenes, burlar a la Prensa facilitando fotografías de falsos cadáveres, amañar un tiroteo con agentes del FBI para dar más realismo a la historia y que Milland se confiara por completo, el que dos agentes se prestaran a simular unos asesinatos...

—Lo sé, Duncan, lo sé... Siempre hay disconformes. Los que ignoran que el mundo del hampa ya no es el de los años treinta. Ahora escala las más altas esferas. Con Gottfried Milland caerán importantes funcionarios del Gobierno que aceptaban sobornos y se dejaban chantajear. Hemos destruido un imperio del vicio, de corrupción, de drogas, de perversión... Nuestra ya desorientada juventud no encontrará fácilmente el camino para hundirse en el fango. ¿Que nuestro método no ha sido ortodoxo? Lo volvería a proponer, Duncan. Una y mil veces con tal de eliminar turbios negocios como los de Milland.

—Ahora queda Robert Marley.

—Sí..., también él caerá. Más pronto o más tarde. Víctima de una traición como la que él planeó contra su rival. Se considera triunfante, pero sus días están contados. Como todos los que creen poder burlar a la justicia. Milland también se consideraba muy seguro. Su rostro en el juicio, cuando vio aparecer a las «víctimas» y al que creía Davenport con el dinero pagado por los simulados crímenes, fue algo indescriptible. Su estupor le acompañará hasta el momento de acomodarse en la silla eléctrica. Olvide esas críticas,

Duncan. El crimen organizado nos obliga a utilizar nuevos procedimientos. Estoy satisfecho de ustedes. Antes de reintegrarse a sus respectivos puntos de destino, pueden disfrutar de una semana de permiso. Eso es todo.

Los agentes Sydney Duncan y Margaret Daniels se incorporaron. Estrecharon la mano de su superior.

Minutos más tarde abandonaban el edificio del Federal Bureau of Investigation de Nueva York.

—¿Qué piensas hacer durante la semana, Sheila?

—¿Sheila?

Duncan masculló una maldición.

—También yo estoy aún en mi anterior personaje... Es como si no te conociera, Margaret. Nos presentaron y acto seguido nos sometieron a intenso entrenamiento. Prohibiendo utilizar nuestros verdaderos nombres. ¿Cómo es Margaret Daniels, agente del FBI?

—Menos... osada que Sheila.

—¿De veras?

—Ahá. Y creo que Sydney Duncan tampoco será el cínico y frío Davenport.

—Tal vez. Oye, Margaret..., ¿qué te parece si empezamos a conocernos? Tenemos una semana. ¿Por qué no marchar a Miami Beach? Es el lugar que nos quedó por visitar.

La muchacha se colgó del brazo de Duncan.

Pegada a él.

—Me parece una magnífica idea.

Se miraron a los ojos. Sin dejar de sonreír. Entrelazados. Caminando despreocupados. Felices. Como una vulgar pareja de enamorados.

¿Dos agentes del FBI?

¿George Davenport y Sheila Crooker?

No...

Simplemente un hombre y una mujer.

FIN

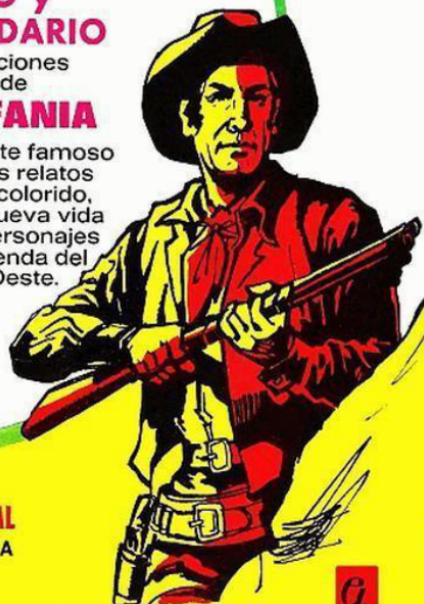
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

NOTAS

[1] Sociedad de Vigilancia y Defensa. < <